6901

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

EL MAS SAGRADO DEBER.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LEOPOLDO CANO MASAS.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

5

EL MÁS SAGRADO DEBER.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

EL MÁS SAGRADO DEBER.

DRAMA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

LEOPOLDO CANO MASAS.

Estrenado en Madrid, en el Teatro ESPAÑOL, el 2 de Mayo de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA JUANA	Sra. Marin.
ELENA	Srta. Contreras.
ROSA	Srta. Álvarez.
CÁRLOS	Sr. Sala
DON PEDRO	Oltra.
CHIRIPA	Fernandez (D. Mariano).
DON ANTONIO	Vico (D. Manuel).
EL SARGENTO	Moreno.
CABALLERO 1.º	Prats.

Alcaldes de Casa y Corte, soldados y paisanos.

La accion del primer acto el dia 1.º de Mayo de 1808.
La de los otros el dia 2.

ADVERTENCIAS.

Deferente á indicaciones de un distinguido actor, obligado por dificultades en el reparto y por otras consideraciones dignas de atencion, el autor modificó el tercer acto de este drama en el breve espacio de cuarenta y ocho horas.

Al fin de este ejemplar se inserta el tercer acto tal como fué escrito primeramente.

Todos los versos que van precedidos de un asterisco se suprimieron en la representacion.

El autor desea que las descargas marcadas, en las acotaciones, se imiten con la caja de truenos y de ningun modo con disparos de arma de fuego.

Á LA SEÑORA

DOÑA CONCEPCION MASAS.

Su amante hijo

Leopoldo.

608729

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://www.archive.org/details/elmssagradodeber00cano

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada al gusto de la época. Á la izquierda del actor, y en primer término, una ventana con macetas de flores y enredaderas; en segundo término una puerta; á la derecha dos y en el foro la principal que conduce al exterior. Una consola con reloj de sobremesa, un velador, una panoplia de armas antiguas, un cuadro con la imágen de la Vírgen, sillas, etc.

ESCENA PRIMERA.

ROSA y CHIRIPA, que llega por el foro.

CHIR. Buenas noches.
ROSA. Y con sol.
Las seis de la tarde han dado.
Desde ayer; ¿dónde has estado?
CHIR. Sirviendo al pueblo español.
ROSA. ¿Tú?
CHIR. Sí, y puedo hacer alarde
de mozo de buen vivir
pues me retiro á dormir...
ROSA. Justo; á las seis de la tarde.
Y ¿qué has hecho?
CHIR. ¿Me has de dar

un abrazo?

ROSA. (Rechazándole.) Habla de balde.

CHIR. Anoche *yo y el Alcalde*
tuvimos que patrullar.

ROSA. ¿Con el amo de patrulla,
tú?

CHIR. Si no me has entendido
ven; te lo diré al oido.

ROSA. ¡Vejestorio!

CHIR. Poca bulla.
¿Adónde está doña Juana?

ROSA. (Señalando hácia la puerta de la izquierda.)
Allí está con doña Elena.

CHIR. Oye una noticia buena.
Al fin tendremos jarana.

ROSA. ¿Por qué?

CHIR. Dicen que *Morral*...
(*un franchute* de importancia)
se quiere llevar á Francia
toda la familia real.
Por eso á fines de Abril
trajo sus tropas acá.

ROSA. ¿Son muchos franceses?

CHIR. ¡Quiá!
Solo... veinticinco... mil.

ROSA. ¡Vírgen santa!

CHIR. No te apures.

ROSA. ¡Cuánta gente!

CHIR. No te asombres.

ROSA. ¡Son veinticinco mil hombres!

CHIR. No son hombres. Son... *monsiures*.
No hay para quitarse el frio.
Si la gente se amotina
va á haber una degollina
que llegue la sangre al rio.

ROSA. ¿Y el amo?

CHIR. Anda en el asunto.

ROSA. No es alcalde?
CHIR. Convenido.
ROSA. ¿Y si le hieren?...
CHIR. Herido.
ROSA. ¿Y si le matan?
CHIR. Difunto.
ROSA. ¿Y qué dirán su mujer
y doña Elena si muere?
CHIR. Dirán, si así sucediere,
que cumplió con su deber.
ROSA. No comprendo que le importe
armar jarana al francés.
CHIR. Verás. Como el amo es
Alcalde de Casa y Corte,
rondaba anoche conmigo,
cuando hallamos un soldado
del ejército aliado...
(es decir... del enemigo).
Era una especie de moro,
á juzgar por el vestido,
que andaba, ya convertido,
entre Pinto y Valdemoro.
Con la chispa, el musulman
tan valiente se creía
que á todos acometia
blandiendo su yatagan.
Era preciso hacer algo...
ROSA. ¿Le llevásteis al encierro?
CHIR. Sí, pero el maldito perro,
tenía mucho de galgo.
Pues señor... *trinco al monsiú*
y le quito el *arfiler*;
á lo que puedo entender
me confunde con el *bú*,
pues nadie del *bú* le saca,
mas yo, al *aguantar* de un brazo,
me quedo con un pedazo

de pellejo ó de casaca...
Chilla como un desollado;
echa á correr haciendo eses;
acuden otros franceses
en defensa del soldado;
al grito de «¡viva España!»
la gente se arremolina,
y empieza una sopapina
con honores de campaña.
Llegamos al principal...

ROSA. ¿Y el soldado?...

CHIR. (Con disgusto.) Á poco rato
salió libre por mandato
del Capitan general.

ROSA. ¿Resultado?

CHIR. El resultado
fué dejar, como te digo,
al soldado sin castigo
y al Alcalde atropellado.
Y cuando el Ayuntamiento
pidió una satisfaccion,
la Junta, que en la Nacion
gobierna por el momento,
se ha dignado contestar,
deplorando la ocurrencia,
que tengan calma y paciencia,
y pelillos á la mar.

ROSA. ¿Y el amo?

CHIR. Hizo dimision
y todos le han imitado.

ROSA. ¿Y el pueblo?

CHIR. Anda amotinado
y empieza á gritar: ¡traicion!

ROSA. Y la Junta?

CHIR. Hace pasteles.

ROSA. ¿Y el ejército?

CHIR. Encerrado

desde anoche. Le han mandado
no salir de los cuarteles.

ROSA. No contais con tropa?

CHIR. No
y sí. Han dado alojamiento
en el barrio á un Regimiento
que de Toledo llegó,
y no hay que andarse en perfiles
en los lances apurados,
ó nos siguen los soldados
ó cogemos sus fusiles.

ROSA. Si los franceses son más
¿qué hareis?

CHIR. Contarlos mañana
y *zurrarles la badana*
si dan motivo. Ahí verás,
chiquilla, por qué trasnocho.
Si nos miran de soslayo
se acuerdan del Dos de Mayo
de mil ochocientos ocho.
Les he visto pelear.

ROSA. ¿Adónde?
(Señalando una cicatriz que tiene en la frente.)

CHIR. Aquí.

ROSA. ¿En la nariz?

CHIR. ¿No ves esta cicatriz?
Aquí dice: ¡Trafalgar!

ROSA. ¿Estuviste en esa accion?

CHIR. Yo mandaba en el San Juan.

ROSA. Pues qué ¿eras tú el capitan?

CHIR. Era cabo de cañon.

ROSA. Fué un francés el que te hirió?

CHIR. Era inglés.

ROSA. ¡Pobre Chiripa!

CHIR. Deja que apague la pipa
y sabrás lo que pasó.
(Apaga la pipa con mucha calma.)

Dormía yo una mañana
tumbado sobre el *combés*,
cuando siento aquí unos piés
que tocaban la diana,
y, como no estaba muerto
y otro remedio no había,
al sentir que me dolía
echo un taco y me despierto.
Los piés eran de un amigo
que dice: «¡Arriba! ¡Á levar!
—«¿Dónde vamos?—Á luchar.
»¿Con quién?—Con el enemigo.»

ROSA. ¡Buena fué la explicacion!

CHIR. Otra no quise pedir.
Yo, en tratando de reñir
no pregunto la razon,
pues sé que no me preserva
de que me rompan el alma.

ROSA. ¡Bendita sea tu calma!

CHIR. Navegando de *conserva*
con los barcos del francés...
(mejor hubiera ido sola)
...*zarpó* la escuadra española
en demanda del inglés.
Nos mandaba un viejo cano,
un *franchute* que era bobo
y llamaban... Villano... bo...
(Ello empieza con villano.)
Cuando el sol rasgó la bruma
y la escuadra *largó vela*,
era aquello un mar de tela
encima de un mar de espuma.
Llega el inglés y el monsiú
(que estaba loco de atar)
hace señal de *virar*
en redondo... ¿Sabes tú?

ROSA. Yo no entiendo.

CHIR. Un disparate
que nos puso á *sotavento*.
Mandose hacer al momento
zafarrancho de combate,
pues de los buques franceses
mi nave desamparada,
se vió á poco rodeada
por seis navíos ingleses.
Apenas en la estrechura
nos vimos, de aquel encierro,
pasó una tromba de hierro
tronchando la *arboladura*.
¡Vírgen santa, qué huracan!
mas no amengua nuestro brío.
¡Fuego! gritan, y el navío
se convierte en un volcan.
¡Pobre nave! Ya caduca,
se batía á quema-ropa
llevando un gigante á popa.
ROSA. ¿Cómo un gigante?
CHIR. ¡Á Churruca!
que *aguantando la andanada*
como una estátua de cera,
manda clavar la bandera
por no verla *amorronada*.
Cruje el barco y nadie se harta
de que llueva hierro encima;
al herido se le anima
y al que muere se le aparta.
Los *penoles beben agua*;
todo el *casco* es una astilla;
ruge el mar bajo la quilla
que sostiene aquella fragua
y trasporta el heroismo
de las gentes españolas
de la cresta de las olas
hasta el fondo del abismo.

Ya á merced del oleaje
iba el buque acribillado,
cuando el *inglis* condenado
se nos viene al abordaje.
Aferran y... ¡allí de Dios!
Hallo un hacha en *el combés*...
Me enfado... *trinco* á un inglés...

ROSA. ¿Qué hiciste del inglés?

CHIR. (Con mucha calma despues de chupar la pipa.)

Dos.

Pero un casco de metralla
me hizo en la frente este siete,
y caí como un grumete
sobre el puente de batalla.

ROSA. ¿Creo que os zurraron?

CHIR. ¡No!

ROSA. Así lo han dicho.

CHIR. (Con brío.) ¡Mintieron!
Los navíos se perdieron...;
la batalla se ganó.

ROSA. ¿Tienes tirria á los ingleses?

CHIR. Son bravos... (aunque extranjeros.)
Mucho más por traicioneros
aborrezco á los franceses.

ROSA. (Señalando hácia la segunda puerta de la derecha.)
Allí hay uno.

CHIR. ¡Allí *un gabacho?*

ROSA. Está herido. Casi nada.
Asunto de una pedrada
que anoche le dió un muchacho.
Porque le llamó *farol*
quiso zurrarle en francés;
el chico entendió al revés
y contestó en español.
El *monsiur* cayó mortal
del caballo, y doña Juana,
que estaba en esa ventana,

mandó traerle al portal.
Le hicieron una sangría
y ahí está.

CHIR. Mal hecho, Rosa.

ROSA. Dicen que eso es una cosa
que llaman *fulantropía*.

CHIR. Y ¿quién es?

ROSA. Un Edecan.
Allí tienes su uniforme.

CHIR. Pero.. ¿el amo está conforme?

ROSA. Nada sabe.

CHIR. ¡Voto á San!...
Pues hizo mal doña Juana.

ROSA. No tal. Para la mujer
el más sagrado deber
es la caridad cristiana.

CHIR. Eso está bien predicado,
mas dicen que fué muy bobo
un pastor, curando al lobo
que se le comió el ganado.

ROSA. Amar al prójimo...

CHIR. Pero...

ROSA. Dios manda...

CHIR. Eso es otra cosa.
¿Á tí, quién te ha dicho, Rosa,
que es prójimo un extranjero?

ROSA. Pues tienes razon.

CHIR. ¿Lo ves?

ROSA. Yo creí que era lo mismo.

CHIR. Enséñame un Catecismo
que mande amar á un francés.
Sin respeto á la doctrina
ellos cazan en vedado,
y hoy el deber más sagrado
es darles contra una esquina.
(Mirando hácia el foro.)
Conque ¡granito de sal!

á *cerrar el portalon.*

ROSA. ¿Qué?

CHIR. *Sonsoniche*... ¡Chiton!
mientras llega el vendaval,
que allí viene doña Elena,
al habla con la señora.
Ven á *echarme lastre* ahora,
que estoy pidiendo *carena.*
(Vánse por el foro.)

ESCENA II.

DOÑA JUANA y ELENA, salen por la izquierda. Despues ROSA por el foro.

ELENA. Aquí desde este aposento
se ve la puesta del Sol.
(Abre la ventana por la cual penetra la luz roja del crepúsculo.)

JUANA. No sé por qué su arrebol
me parece hoy más sangriento.
Ese encendido color,
con que la lumbre solar
tiñe al cielo al declinar
el astro deslumbrador
en su brillante carrera,
y esos tristes nubarrones
que recorren en girones
los ámbitos de la esfera,
parece que en ese cielo
escriben no sé qué historia
con resplandores de gloria
sobre crespones de duelo.

ELENA. ¿Usted, tal supersticion
indigna de su talento?

JUANA. ¿Quién oye á su entendimiento
cuando grita el corazon?

ELENA. ¿Por qué la quita el sosiego,

si hoy es primero de Mayo,
que con espléndido rayo
vista las nubes de fuego
la lumbre crepuscular
que empieza á palidecer?

JUANA. Es difícil de entender
é imposible de explicar.
¿No has visto sobre un espejo
dibujarse esa ilusion
que es verdad y que es ficcion,
y es luz y sombra y reflejo?
Pues así sobre la esfera
he creido ver copiada
esta pátria, profanada
por esa turba extranjera
que tras de un águila viene
y, con pérfida asechanza,
como el águila se lanza
de las cumbres del Pirene.
Al ver de sangre y, de fuego,
teñirse esos nubarrones,
he pensado en las legiones
de los franceses y, luégo,
al ver triste declinar
el sol de la pátria-mia,
al ver la noche sombría
llena de luto avanzar,
tengo miedo, siento frio,
fuego y sangre en la mirada
y sobre mi mano helada,
las lágrimas del rocío.

ELENA. Tal prediccion causa espanto.

JUANA. Que nunca se realice,
pues mi corazon predice
fuego y sangre, luto y llanto.

ELENA. ¿Teme usted?...

JUANA. Algo espantoso.

ELENA. Piensa usted tan tristemente...
JUANA. Tiemblo por el hijo ausente;
tengo miedo por mi esposo,
cuyo espíritu altanero,
que agita la indignacion,
alienta la rebelion
para echar al extranjero;
*pues he visto en mi delirio
*sobre un tronco mutilado
*el laurel ensangrentado
*y la palma del martirio.
ELENA. No es fundado ese temor.
Deséchele usted.
JUANA. No puedo.
¿En tu corazon no hay miedo!
ELENA. Le tengo lleno de amor.
JUANA. ¿Por mi hijo?
ELENA. Sí señora.
¿Á qué ocultar la pasion
que dentro del corazon
mi gratitud atesora?
JUANA. ¿Gratitud?
ELENA. Á la verdad,
usted no tiene memoria.
JUANA. ¿Y tú sí?
ELENA. Yo sé una historia
sublime de caridad.

—

Tronaba el rudo cañon...
sangrienta estaba la tierra...
El huracan de la guerra
rugía en el Rosellon.
Blasfemias, ecos de gloria...
grito de horrible agonía
por todas partes se oía
y, despues de la victoria,
dos pueblos que eran hermanos

quedaban, con más en ojos,
ellas con llanto en los ojos,
ellos con sangre en las manos.
Tendió la noche su velo;
del humo la nube densa
en una espiral inmensa
se fué remontando al cielo.
y... (parece que fué ayer...)
Al ruido siguió la calma,
y aún contemplo con el alma
á un hombre y una mujer
que, á las orillas del mar
en una humilde casita,
á una niña pequeñita
enseñaban á rezar.
Llamaron, y en la morada,
con gran escándalo y gresca,
penetró una soldadesca
soez y desenfrenada.
¿Qué pasó?... No sé de cierto;
pero ¡ay! al dia siguiente
la madre estaba demente,
el padre yacía muerto.
La loca, sin recordar
á la pobre criatura,
escondió su desventura
bajo las ondas del mar.
La niña con afliccion
lloraba, como yo lloro,
hasta que encontró el tesoro
que encierra ese corazon
y vió esa mano querida
que la secaba los ojos
y quitaba los abrojos
de su planta dolorida.

JUANA. ¡Pobre Elena!

ELENA. Hoy, con amor

aquella pobre chiquilla,
besar quiere esa mejilla
que se cubre de rubor.

JUANA. Cumplí mi deber.

ELENA. Yo intento
que mi cariño acendrado
cumpla el *deber más sagrado*,
que es el agradecimiento.
Aquí hallaron, mi orfandad
un modelo de virtud,
mi insaciable gratitud
raudales de caridad;
y yo, que pagar deseo,
en justa retribucion,
dí á Cárlos mi corazon,
que es lo único que poseo.

JUANA. Cárlos es tu prometido,
mas si el deber te obligara...

ELENA. Ántes que el deber hablara
mi corazon le ha elegido.

JUANA. ¿Le quieres mucho?

ELENA. Primero,
porque es valiente y honrado
y usted la vida le ha dado,
y además... porque le quiero.

JUANA. ¡Hija mía, dame un beso.
¿Tienes de Cárlos noticias?

ELENA. Solo, pidiéndome albricias
por yo no sé qué suceso,
de Toledo me escribió
aquella carta.

JUANA. Ya sé,
mas no explica cómo fué
lo que en Toledo ocurrió
y por eso es mi cuidado,
pues habla de un alboroto;
dice que el fuego se ha roto

contra el pueblo sublevado...

ELENA. Exactamente, y despues...

JUANA. Despues, Elena, añadía
que alabó su bizarría...

ELENA. Un general...

JUANA. (Con disgusto.) Sí... francés.

ELENA. ¿Y bien?

JUANA. Recordar no quiero
que albricias nos ha pedido
porque á su pueblo ha batido
á gusto del extranjero,
mas al oirlo he temblado.

ELENA. ¿Por su vida?

JUANA. No por cierto.
Más temo que no haya muerto
si he de verle deshonrado.

ELENA. ¡Imposible!

JUANA. En Dios confío.

(Sale Rosa por el foro con un manto en el brazo y trae otro para Doña Juana.)

ROSA. Cuando usted guste.

JUANA. ¿Ya es hora
de la Salve?

ROSA. Sí, señora.

JUANA. (Á Rosa.) Ponte el manto y dame el mio.
Tú volverás sin tardar
por si llega mi marido
y no olvideis al herido
que pudiera despertar.

ROSA. ¡El francés! (Con repugnancia.)

JUANA. ¿Qué has murmurado?

ROSA. Que ese herido es extranjero...

JUANA. Te engañas; el mundo entero
es pátria del desgraciado.
Rosa, ten humanidad.

ROSA. Bien... más...

JUANA. Para la mujer

el más sagrado deber
se cifra en la caridad.
¿Y Chiripa?

ROSA. Duerme abajo.

JUANA. Es porque te abra la puerta.

ROSA. Mejor es dejarla abierta
y le ahorro ese trabajo.
La iglesia de Maravillas
está cerca y...

JUANA. Hasta luégo.

(Vánse Doña Juana y Rosa por el foro.)

ELENA. Pues yo voy á ver si riego
estas flores... ¡pobrecillas!
(Coge un regador y riega las flores de las macetas.)

ESCENA III.

ELENA sola; despues CÁRLOS.

Flores, que por caridad
vivís del cariño mío
con lágrimas de rocío
llorando vuestra orfandad,
bien pagais con humildad
mi tierna solicitud
pues, en dulce esclavitud,
mientras el agua se sume
me enviais todo el perfume
de la santa gratitud. (Corta una rosa.)
Ven tú aquí. Si fuera el viento
que en tu cáliz juguetea
rápido como la idea
donde va mi pensamiento,
Cárlos dentro de un momento
recibiera agradecido,
con el tuyo confundido,
todo el aroma exhalado
de mi pecho enamorado

en un beso... ¡Ah!

(Besa la rosa, y al ver á Cárlos, que ha llegado silenciosamente por el foro, da un grito y la deja caer al suelo. Cárlos recoge la rosa y despues de besarla dice:)

CARLOS. Recibido.

ESCENA IV.

ELENA y CÁRLOS.

ELENA. (Cubriéndose el semblante con las manos.)
¡Oh... tú? ¡Cárlos!

CARLOS. Yo... ¡mi cielo!
que utilizo y avaloro
el espléndido tesoro
que tu mano arrojó al suelo.

ELENA. ¡Un tesoro?

CARLOS. ¿Es otra cosa
este beso que áun palpita
y una rosa muy bonita
ha escondido en otra rosa?
Mírame, Elena.

ELENA. No quiero
por indiscreto y curioso.

CARLOS. Resplandezca el astro hermoso
en tus manos prisionero.
Brote el amor con franqueza
del corazon.

ELENA. Quita allá.

CARLOS. Ejemplo de ello nos da
la madre naturaleza.
Si de encendido color
se tiñe esta flor hermosa,
no es porque esté ruborosa;
es que se abrasa de amor,
y si el viento apasionado
la acaricia, no se apura,

porque libe con ternura
su perfume delicado.
Si murmura entre las flores
con lenguaje incoherente,
no es que se enoja la fuente;
es que cuenta sus amores
con franqueza, y si examina
alguno la onda serena,
ve en su fondo hasta la arena
por su linfa cristalina.
No me taches de indiscreto
ni te cubras el semblante;
deja que lea tu amante
en el alma tu secreto,
pues es más grato el amor
que brota naturalmente
como el murmullo en la fuente,
como el aroma en la flor.

ELENA. No hables de eso.

CARLOS. ¿Te incomoda?

ELENA. Pon á ese párrafo un punto.
Ya hablaremos de ese asunto.

CARLOS. ¿Cuándo?

ELENA. Despues de la boda.
(Cárlos vuelve á besar la rosa y Elena se la quita.)
¡Vaya, que estás besucon!

CARLOS. ¿Me la quitas?

ELENA. ¿Qué he de hacer?

CARLOS. ¿Dónde la vas á poner?

ELENA. (Colocándola en el pecho con coquetería.)
Encima del corazon.

CARLOS. Eso es un robo.

ELENA. Alto ahí,
ó me escapo... (Hace que se va y vuelve.)

CARLOS. Por piedad!...

ELENA. Pues mucha formalidad.
Á ver; siéntese usté allí. (Señalándole una silla.)

(Ap.) (Éste que tanto suspira
de fijo me ha sido infiel.
Voy á ver si saco de él
la verdad con la mentira.)

CARLOS. ¡Piedad!

ELENA. Dios le ampare, hermano,
que por hoy no puede ser.

CARLOS. ¿Qué intentas?

ELENA. (Con fingida gravedad.) Quiero saber
si eres digno de mi mano.

CARLOS. ¡Cómo!

ELENA. Subordinacion, (Cárlos se sienta lejos de Elena.)
que interrogarte deseo.
He sabido que eres reo...
del delito de traicion.

CARLOS. (Sobresaltado visiblemente al oir la palabra *traicion.*)
¡Oh!

ELENA. ¿Lo ves? Ya tienes miedo.

CARLOS. (Gravemente.) Es una calumnia, Elena.

ELENA. Yo sé que no ha sido buena
tu conducta...

CARLOS. ¡Qué!

ELENA. En Toledo.

CARLOS. Siempre cumplí con honor
mi deber de militar.

ELENA. ¡Buen modo de disculpar
tus traiciones... en amor!

CARLOS. (Ap.) (Ah! respiro!)

ELENA. ¿Qué?

CARLOS. Creí
que me hablabas de otra cosa.

ELENA. ¿Hay otra más alevosa
que serme infiel? ¡Hombre, dí!

CARLOS. (Ap.) (Si cumplí mi obligacion
en aquel dia fatal,

¿por qué me hacen tanto mal
cuando me hablan de traicion?

ELENA. ¿En qué pensabas?

CARLOS. ¿Quién, yo?

ELENA. Cárlos, estás demudado.
¿Qué tienes?

CARLOS. Estoy cansado.

ELENA. Pues á dormir.

CARLOS. Eso no.

ELENA. ¿Por qué vienes de repente
sin anunciar tu llegada?

CARLOS. Porque tocaron *llamada*
(Fingiendo buen humor.)
y despues *marcha de frente.*

ELENA. ¡Pues me gusta la razon!

CARLOS. Esa me dieron á mí.
El que manda, manda...

ELENA. ...y
cartuchera en el cañon.
¿Has entrado?...

CARLOS. Sin llamar.
¿No están mis padres?

ELENA. Los dos
han salido, con que... adios.
(Hace que se va y vuelve.)

CARLOS. Me dejas?

ELENA. Van á llegar
y nos pueden sorprender.

CARLOS. Y ¿quién ha de pensar mal?
Tú eres honesta...

ELENA. Sí tal,
y lo quiero parecer.

CARLOS. Yo te adoro.

ELENA. Pues por eso.

CARLOS. Espera.

ELENA. Seor soldado,
el cuarto del alojado

es aquel.
(Señala al primero de la derecha y Cárlos la da un beso en la mano.)

CARLOS Y esto es un beso.

ELENA. ¡Caballero! (Fingiendo enojo.)

CARLOS. Servidor.

ELENA. Fué mal hecho y no hay excusa.
Bien merece el que así abusa
el dictado de traidor. (Váse por la izquierda.)

ESCENA V.

CÁRLOS, solo.

¡Oh, qué dices? ¿Otra vez
esa palabra insultante?
¡Conciencia! En cada semblante
ves la mirada de un juez.
Yo con mi tropa leal
batí al pueblo amotinado
de Toledo, que á un soldado
del ejército imperial
iba á lanzar desde el puente
sobre las ondas del rio;
la turba, en el estravío
de su furor inclemente,
se batía encarnizada
sin querer soltar su presa
con una tropa francesa
que tenía acorralada.
Porque impedí su venganza
cerró contra mí furiosa;
corrió sangre generosa
mas yo cumplí la ordenanza
y el mandato harto severo
de ese código implacable,
del español hizo un sable
que auxiliaba al extranjero.

Me tachan de afrancesado.
¿Qué importa? Yo fuí leal;
(Señalando al corazon.)
lo dice este tribunal
supremo del hombre honrado.

ESCENA VI.

CÁRLOS y ROSA.

ROSA. ¡Qué veo? Don Cárlos!
CARLOS. ¡Rosa?
ROSA. Yo... para servir á usted.
Conque... ¿ha venido usted?
CARLOS. Claro.
ROSA. ¿Y tan guapo!
CARLOS. Gracias.
ROSA. Pues...
me lo debí figurar,
porque hace poco encontré
al revolver de una esquina
á un sargento de seis piés...
CARLOS. ¿Seis piés, y un solo sargento?
ROSA. Y me pisó...
CARLOS. ¿Con los seis?
ROSA. Con uno. Somos paisanos.
CARLOS. ¡Ah! entónces...
ROSA. ¿Comprende usted?
Me dijo que en este barrio
les alojaban porque
con tanta tropa de *extranjis*
no hay disponible un cuartel.
¡Válgame Dios! Tanto bueno...
¿Vendrá usted cansado?
CARLOS. ¡Psé!
ROSA. Debe usted dormir un rato.
CARLOS. ¿Adónde?
ROSA. En el cuarto aquel

CARLOS. ¿Me avisarás cuando vuelvan
mis padres?
ROSA. Avisaré.
(En tono de inteligencia.)
Ya sé que en asuntos graves
no hay momento que perder.
CARLOS. ¿Cómo?
ROSA. ¿Usted, sin duda, viene
á causa de ese belen
que va armarse?
CARLOS. No sé nada.
ROSA. Es claro; contra el francés.
El amo anda en el negocio.
CARLOS. ¿Mi padre!
ROSA. ¿Quién mejor que él,
que es tan querido en el barrio,
puede armar el somaten?
Segun me ha dicho ese lobo
de Chiripa, puede ser
que la tropa les ayude.
CARLOS. ¡Imposible!
ROSA. Sí, ya sé...
Es lo que dice el Sargento.
CARLOS. ¿Qué dice?
ROSA. Que el Coronel
es un poco afrancesado.
¡Mal rayo le parta! Amen.
Pues el Sargento Palomo...
CARLOS. (Ap.) (De mi regimiento es.)
ROSA. Dijo que sus oficiales,
por no desobedecer
lo que llaman Ordenanza,
que por lo visto es su ley,
dejarán que el extranjero
pisotée con desden
la bandera de la pátria
que se arrastra ante sus piés.

CARLOS. ¡Rosa!
ROSA. ¿No está usted conforme?
Mal libro debe de ser
el que enseña tales cosas.
CARLOS. ¿Qué entiendes tú?...
ROSA. Verdad es
que yo discurro...
CARLOS. Muy mal.
ROSA. En cambio siento muy bien,
y hay cosas que...
CARLOS. No te importan.
Las mujeres á coser
y á criar hijos...
ROSA. (Con altivez.) ...De España;
no lacayos del francés.
CARLOS. ¡Rosa!
ROSA. Si hay cosas que encienden
la sangre. ¿No sabe usted
lo que ha pasado hace poco
con un oficial?
CARLOS. No sé.
ROSA. Pues dicen que un Capitan...
(¡Buena alhaja estará él!)
...hace dias en Toledo
mató á unos hombres de bien
auxiliando á los franceses.
CARLOS. Acaba, ¿qué dicen?
ROSA. ¿Qué?
Que le llamó esta mañana
el Gran Príncipe de Berg...
Murat... y le dió un abrazo
diciendo en su lengua: «Usted
»es amigo de la Francia
»y yo recompensaré
»su generosidad, digna
»de un ciudadano francés.»
CARLOS. Asi dijo.

ROSA. ¿Usted lo oyó?
CARLOS. Sí.
ROSA. ¿Y es verdad que despues
le mandó dejar las señas
de su casa?
CARLOS. Sí.
ROSA. ¿Y tambien.
es cierto que el Capitan
le dió las gracias?.
CARLOS. Lo es.
ROSA. Y ¿usted lo presenció?
CARLOS. Todo.
ROSA. Y ¿nada le dijo usted
al Capitan?
CARLOS. Nada dije.
ROSA. No lo comprendo.
CARLOS. ¿Por qué?
ROSA. Porque yo, al ver que aceptaba
de un extranjero merced,
por verter sangre española
el mercenario crüel
¡traidor! le hubiera gritado.
CARLOS. ¿Rosa?
ROSA. ¡Traidor!
CARLOS. (Furioso.) ¡Rosa!
ROSA. (Sorprendida.) ¿Qué?
CARLOS. Vete y da gracias al cielo
pues con calma te escuché!
ROSA. ¡Don Cárlos!
CARLOS. ¡Vete! No quiero
olvidar que eres mujer.
ROSA. Ya voy.
CARLOS. (Ap.) (¡Dios me dé paciencia!)
ROSA. (Ap.) (¿Quién lo pensara? ¡Era él!)
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA VII.

CARLOS, solo.

Yo evité la iniquidad
de un pueblo lleno de saña...
¿Cómo fué traidor á España
quién sirvió á la humanidad?
¿Nadie entiende esta verdad?
Me llena de confusion...
la Ordenanza, ¿en qué renglon
enseña á la inexperiencia
dónde acaba la obediencia
y principia la traicion?

—

Mandatos de un superior
no se deben discutir...
mas ¿no pudieran venir
las órdenes de un traidor?
Y entónces, ¿qué es lo mejor?
La obediencia á mi entender
es *un sagrado deber,*
mas empiezo á sospechar
que al crímen puede llevar
la virtud de obedecer.

—

De la pátria en que he nacido
son mi vida y mi decoro;
fuera suyo mi desdoro
si faltara á lo ofrecido.
Obediencia he prometido
y, á ser desleal, prefiero
que me llamen traicionero,
pues el español honrado
nunca falta á lo jurado
por su honor de caballero.

—

(Váse por la primera puerta de la derecha. D. Pedro, D. Antonio y algunos caballeros, llegan por el foro detrás de Chiripa que trae luces.)

ESCENA VIII.

D. PEDRO, D. ANTONIO, CHIRIPA y algunos CABALLEROS.

PEDRO. Entrad, señores. Solos nos hallamos.
(Á Chiripa.) Cierra la puerta y sin demora avisa
si alguno llega.

CHIR. Bien.

(Váse por el foro despues de poner sillas para todos.)

ANTONIO. Señor don Pedro,
¿quién hay en esta casa?

PEDRO. Una hija mia
y ese criado fiel. Mas ¿tal pregunta
qué significa?

ANTONIO. Solo significa
una duda que usted ha disipado.

PEDRO. ¿Cuál es su fundamento?

ANTONIO. Habladurías.
Hiciéronme creer que desde anoche
un extranjero en esta casa habita.

PEDRO. ¿Un extranjero? Es falso. Yo lo afirmo
y empeño mi palabra en garantía.

ANTONIO. No se hable de ello más.

PEDRO. Tomad asiento.

(Todos se sientan menos D. Pedro y D. Antonio.)

Oid los ecos de la voz amiga.
Será breve el discurso. El tiempo es poco,
el caso urgente y la ocasion propicia.

ANTONIO. Sepamos de una vez á qué venimos.
Usted ha provocado esta entrevista
sin pensar que la Junta de gobierno
y el general Negrete nos vigilan,
que hicimos dimision y otros Alcaldes...

PEDRO. (Interrumpiéndole.)

Yo no he buscado gente asustadiza.

ANTONIO. ¡Señor don Pedro!

PEDRO. La prudencia estorba
cuando el decoro nacional peligra.

ANTONIO. El que es prudente...

PEDRO. Á los demas no alarme;
despues del triunfo su prudencia exhiba.

CAB. 1.° Dice bien.

CAB. 2.° (Á D. Pedro.) Hable usted.

ANTONIO. (Ap.) (¡He de vengarme!
Este hombre ignora el odio que me inspira
y siempre se atraviesa en mi camino.)

PEDRO. La madre pátria yace adormecida;
marchito está el laurel de su corona;
su régio manto el extranjero pisa.
Lance Madrid un grito, semejante
al rugido del tigre que agoniza,
y al hórrido clamor de la pelea,
la matrona despierta enardecida.

ANTONIO. Un momento.

PEDRO. Hable usted.

ANTONIO. Ese lenguaje
es la expresion de la demencia misma.

PEDRO. ¿Por qué?

ANTONIO. Porque la lucha es imposible.

PEDRO. ¿Imposible?

ANTONIO. Sí tal. Hace tres dias
hay en la Corte treinta mil franceses
y hasta cien mil ocupan la Península.
Unos tres mil soldados españoles
son de Madrid la guarnicion exígua,
y aun esos cumplirán como leales
del deber militar las leyes rígidas.

PEDRO. ¡Qué importa?

ANTONIO. El pueblo inerme, abandonado,
á una muerte segura correría.

PEDRO. ¡Qué importa?

ANTONIO. La victoria es imposible.
PEDRO. ¡Quién habla de victoria ni de vida?
ANTONIO. ¿De qué se trata entonces?
ALGUNOS CABALLEROS. Sí, sepamos.
PEDRO. De morir con decoro. Á eso os invitan.
Antes que Bonaparte, ese alevoso
que las huestes francesas acaudilla,
huelle el augusto trono del gigante
que hierro á hierro les venció en Pavía,
la terrible explosion del fuego pátrio
incendie hasta la tierra donde pisan.
¡Guerra á muerte al francés! Y, si hay cobardes
que en la existencia piensen todavía,
sobre un lago de sangre, el extranjero
solo encuentre cobardes y cenizas.
ANTONIO. ¡Oh... basta! Usted no siente lo que dice,
y si lo siente así, no lo medita.
Un poco de razon y ménos brío.
¿Quiere usted que seamos más realistas
que el mismo rey? Fernando está en Bayona
y Cárlos cuarto con María Luisa;
huéspedes son de Bonaparte ahora
mas, si mañana por la fuerza abdican,
huérfano el pueblo, derruido el trono,
¿qué bandera alzaremos?
PEDRO. Una, altiva,
que tremoló en los muros de Numancia
ante el águila audaz advenediza.
ANTONIO. Francia no atenta á nuestra independencia,
y esos alardes de patriotería
son peligrosos y harto inoportunos.
PEDRO. Hay ojos que no ven nuestras desdichas,
almas pequeñas, corazones yertos
y rostros que jamás se ruborizan.
ANTONIO. ¡Esas frases!...
(Todos se levantan é interponen entre D. Pedro y D. Antonio.)
PEDRO. Mi brazo lo sostiene.

ANTONIO. ¡Injustas son!
PEDRO. El corazon las dicta.
ANTONIO. ¡Sangre piden!
PEDRO. Con sangre de traidores
retoñe el árbol de la pátria mia.
(Ambos se dirigen hácia la panoplia que está en la pared del foro, derecha. D. Antonio figura ver dentro del segundo cuarto derecha el uniforme del herido francés.)
ANTONIO. ¡Traidor á mí!
CAB. 1.° (Interponiéndose.) ¡Teneos!
ANTONIO. ¡Una espada!
¡Allí!... ¿Qué miro!... Ese uniforme. ¡Oh dicha!
Mirad. (Á los Caballeros.)
CAB. 1.° Ese uniforme es extranjero.
ANTONIO. Nos han tendido una celada indigna.
PEDRO. Ese hombre está demente.
ANTONIO. Hay poco trecho
de la exageracion á la perfidia.
CAB. 1.° ¿De quién son esas prendas?
PEDRO. Yo... lo ignoro.
ANTONIO. Usted dijo que nadie nos oía
y hay un hombre escondido en ese cuarto.
Vedle. (Á los Caballeros.)
(Todos se acercan á la segunda puerta de la derecha.)
CAB. 1.° Sí.
PEDRO. Yo ignoraba...
ANTONIO. ¡Tramainícua!
Vámonos.
TODOS. Sí.
PEDRO. Escuchadme.
(Todos se dirigen hácia la puerta del foro, por donde aparece Chiripa.)
CHIR. ¡Deteneos!
No se puede salir.
ANTONIO. ¿Hay quien lo impida?
CHIR. Esperad que se alejen de la puerta
unos soldados de caballería.

ANTONIO. ¡Soldados!

CHIR. Sí, franceses. Uno de ellos
esta carta me dió y esta cajita
para usted.

(Entrega á D. Pedro un pliego cerrado y una caja pequeña forrada de los colores de la bandera francesa.)

PEDRO. ¡Para mí?...

CHIR. No cabe duda.

ANTONIO. Ya lo veis. (Á los Caballeros.)

CHIR. Claramente repetía
su apellido de usted. De lo restante,
como hablaba en francés, no entendí pizca.

PEDRO. No puedo comprender. Mas ¿quién le manda?

CHIR. Murat, dijo.

TODOS. ¡Murat!

ANTONIO. Yo bien decía.
Salgamos.

TODOS LOS CABALLEROS. Sí, salgamos.

(Se dirigen hácia la puerta del foro y D. Pedro les cierra el paso.)

PEDRO. Nadie sale.

(Entrega á D. Antonio el pliego cerrado y la caja al Caballero 1.°)

Usted la carta... Usted la caja... Abridlas,
pues sospechais de mí.

ANTONIO. Mas...

PEDRO. Yo lo exijo
en nombre del honor y la justicia.

(D. Antonio y el Caballero 1.° abren el pliego y la caja.)

CAB. 1.° ¡Oh! ¡La Legion de honor!

PEDRO. ¡Qué dice ese hombre!

(Le quita la caja y la contempla anonadado.)

ANTONIO. (Leyendo.) «Al señor Ruiz, la Francia agradecida...
»¡Joaquin Murat!»...

PEDRO. (Cogiendo la carta.) ¡Qué miro! ¡Estoy soñando?

CAB. 1.° ¡Vámonos!

PEDRO. No... escuchad.

ANTONIO. ¡Traicion indigna!

(Vánse todos, menos D. Pedro y Chiripa, por la puerta del foro. D. Pedro, que ha dejado la caja sobre la mesa, arruga la carta y la arroja al suelo.)

PEDRO. ¡Se van!

CHIR. Pero ¿qué es esto?

PEDRO. ¿Tambien dudas?

CHIR. ¡Dudar de usted!...

PEDRO. ¡Cobarde alevosía!
¿Dónde está ese soldado?

CHIR. Ya ha partido.

PEDRO. Es preciso alcanzarle. ¡Ven; aprisa!

CHIR. Corramos. (Váse por el foro.)

PEDRO. Ya te sigo. ¡Ay del aleve
que ha lanzado á mi frente tal mancilla!
(Váse tambien por el foro.)

ESCENA IX.

CÁRLOS por la derecha, despues ELENA.

No hay nadie... Me ha parecido
oir la voz de mi padre...
¿Habrá vuelto ya mi madre?...
(Se acerca á mirar el reloj de sobremesa.)
Son las nueve... Me he dormido
y estoy mucho más cansado.
En vano al sueño se apela
si queda de centinela
el espíritu agitado.
¡Cuánto tardan en volver!
¿Qué será esto que hay aquí?
(Ve la caja que dejó D. Pedro sobre la mesa.)
(Lee.) «¿Al señor Ruiz?» ¿Para mí?
No creo... Vamos á ver.
(Abre la caja y despues coge del suelo la carta que tiró D. Pedro.)

¿Una condecoracion?
Aquí un papel arrugado...
(Despues de leer.)
¡Murat me ha condecorado
con la cruz de la Legion!...
(Al ver á Elena, que sale por la izquierda, oculta el papel y la cruz, y dice aparte:)
(¡Elena!)

ELENA. ¡Hola, hola, hola!
¿qué oculta usted, caballero?

CARLOS. ¡Elena! (Turbado.)

ELENA. Saberlo quiero. (Le coge la cruz.)
¿Una cruz?... (Grave.) ¡No es española!
Y... ¿es tuya?

CARLOS. Para mí es.

ELENA. Pero...

CARLOS. Dame... Las mujeres
no entendeis...

ELENA. (Con gravedad.) Pero ¿tú eres
español ó eres francés?

CARLOS. ¡Elena!

ELENA. Saber quisiera
por qué te han condecorado.

CARLOS. Mis servicios han premiado...

ELENA. ¿Con una cruz extranjera?

CARLOS. Esa cruz, del deshonor
no es un diploma infamante.

ELENA. ¿Por qué, entonces, tu semblante
se ha cubierto de rubor?

CARLOS. Basta, Elena; que, harto ruda,
tu franqueza infiere agravios.
Yo no sufro, ni en tus labios,
el ultraje de la duda.
Tú no crees lo que dices,
mas, si acaso has olvidado
que mi honor acrisolado
se lee en las cicatrices

de mi pecho, has de saber
que todo buen militar,
si no se quiere infamar,
ha de cumplir el deber
sagrado de la obediencia,
y que mi deber cumplí
cuando esa cruz merecí.
Tranquila está mi conciencia
y á salvo mi dignidad.

ELENA. ¿Y esa condecoracion?...

CARLOS. No significa adhesion.
Significa humanidad.
Me ofendiste cruelmente.

ELENA. Pues confieso mi pecado,
sea humano el agraviado,
que es humilde el penitente.
¿Me perdonas?

CARLOS. Si te quiero,
¿qué he de hacer?

ELENA. Pues no hay desdoro,
ven aquí, te condecoro.
(Con gravedad infantil.)
¡De rodillas, caballero!
¿Te has enfadado?

CARLOS. No tal.

ELENA. (Se quita un alfiler y prende con él la cinta de la cruz sobre el pecho de Cárlos, que se manifiesta contrariado, diciendo con afectada solemnidad.)
Yo, Elena, pobre mujer...
en virtud de este alfiler...
sobre tu pecho leal...
miéntras te premia mi amor
con la cruz del matrimonio,
para que no entre el demonio
cuelgo la *Legion de honor*.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. PEDRO por el foro, despues DOÑA JUANA.

PEDRO. (Reparando en su hijo se precipita en sus brazos.)
¡Hijo mio!
CARLOS. ¡Padre amado!
Le encuentro á usted abatido.
PEDRO. Es porque me han ofendido...
CARLOS. ¡Á usted!
PEDRO. Y no estoy vengado.
(Solloza y se cubre el rostro con el pañuelo.)
CARLOS. ¡Padre mio! ¿Usted llorar?
PEDRO. Cárlos, mi pena es inmensa.
Me han inferido la ofensa
mayor que puedes pensar.
CARLOS. Hable usted, padre. ¿Qué ha sido?
PEDRO. Hijo. Una trama infernal.
(Señalando la caja que está sobre la mesa.)
Abre esa caja fatal
y mira su contenido.
(Cárlos se desprende de los brazos de su padre.)
¡Yo á mi pátria hacer traicion!
¡Yo, el español altanero,
admitir de un extranjero
una cruz!...
(Cárlos se lleva las manos al pecho instintivamente para ocultar la cruz. D. Pedro sigue el movimiento con la vista y retrocede enfurecido.)
¡Oh!... ¡Maldicion!
Conque ¿eres tú el alevoso
traidor que de fiel blasona!...
CARLOS. ¡Padre!
PEDRO. ¡Esa cinta pregona
tu perjurio vergonzoso!
CARLOS. La he ganado con valor;
tengo á llevarla derecho.

PEDRO. Y yo á arrancar de tu pecho
un diploma de traidor.
(Le arranca la cruz del pecho y la tira al suelo.)

CARLOS. ¡Padre!

ELENA. ¡Señor!

PEDRO. ¡Desdichado!
Sal de mi casa. ¡Lo exijo!
(Doña Juana llega por el foro y al ver á Cárlos da un grito de alegría y corre á abrazarle. D. Pedro la detiene con violencia.)

JUANA. ¡Hijo!

PEDRO. ¡Ya no tienes hijo!
Ese... es un afrancesado.
(Doña Elena se aparta de Cárlos mirándole con severidad. Elena implora á D. Pedro con el ademan, y Cárlos se dirige hácia la puerta trastornado. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Jardin rodeado por una verja que tiene puerta á la derecha del actor. Á la izquierda una escalinata que conduce á las habitaciones bajas de la casa de D. Pedro. En el centro del escenario un grupo de árboles y, delante de él, un velador rústico y un banco de piedra. Empieza á amanecer. Al levantarse el telon, Chiripa está sentado en el banco cargando unas pistolas que dejará sobre el velador. Rosa saldrá de la casa cuando lo indique el diálogo.

ESCENA PRIMERA.

CHIRIPA y ROSA.

CHIR. *Zafemos la batería.*
Todo esta listo... Muy bien.
Con estos espanta moscas
un hombre vale por diez.
Santa Bárbara bendita
nos ayude, pues á fé
que está el tiempo aturbonado
y creo que va á llover
mucho hierro y mucha sangre
del Barquillo á Lavapiés.

(Á Rosa, que sale de la casa.)
¡Mucho madruga hoy el sol!

ROSA. Como que no me acosté.

CHIR. ¿De veras? Pues no comprendo
cómo pudo anochecer.

ROSA. No tengo gana de flores,
¿comprendes?

CHIR. Está muy bien.

ROSA. ¡Qué noche!

CHIR. ¿Á quién se lo cuentas?

ROSA. Por una parte el francés,
que no ha pegado los ojos...

CHIR. ¡El diablo cargue con él!

ROSA. Por otra, la señorita
llorando á más no poder
porque don Cárlos quería
irse de casa, despues
de la disputa que anoche
tuvo su padre con él.

CHIR. ¿Al cabo hicieron las paces?

ROSA. ¡Qué las habian de hacer,
si estuvieron dando gritos
Dios sabe el tiempo!...

CHIR. Á las diez
el amo salió conmigo.

ROSA. Y volvísteis á las tres.
¿Qué habeis hecho?

CHIR. Muchas cosas
y está todo por hacer.
Cuando cesó la disputa,
dijo don Cárlos: «Usted,
»padre mio, en este asunto
»haga cuanto tenga á bien.»
«Cárlos, le respondió el amo,
»yo sé cual es mi deber.»
Salió á la calle en seguida
y yo salí detrás de él.

Desde aquí fué hácia la Casa
de Correos para ver
al general O'farril;
le *atracó* bajo el dintel
de la puerta; hablaron quedo
al principio, mas despues
empezaron á dar voces;
el amo sacó el papel
que trajo ayer, con la caja,
el ordenanza francés,
y haciéndole mil pedazos...

ROSA. ¿Al soldado?

CHIR. No, mujer.
Al papel.

ROSA. ¡Ah, ya!

CHIR. Exclamó
furioso: «Dígale usted
»como trato este diploma:»
y se le arrojó á los piés.
El otro se incomodó
y quiso hacerle prender.
Yo, que vi la *marejada*
á *estribor* y reparé
que andaba la turba multa
con ganas de armar belen,
grité: «¡Mueran los traidores!»
«¡Mueran!» repitió el tropel
que estaba ya hacía rato
murmurando. Yo *aferré*
á don Pedro por un *remo*,
virè en redondo con él;
pasé por ojo á unos cuantos;
la chusma empezó á correr,
y, sin que necesitáramos
poner en tierra los piés,
dimos fondo en la otra acera
sin más *avería* que

haber roto este *vichero*
encima de no sé quién.
(Muestra el garrote roto en dos pedazos.)

ROSA. ¿Qué hicisteis luégo?

CHIR. La gente
tras de nosotros se fué.
Pidieron que hablara el amo.

ROSA. ¿Y habló?

CHIR. ¡Si vieras qué bien!
Dijo que hacía traicion
á su pátria y á su ley
la junta que nos gobierna.

ROSA. Y ¿qué más?

CHIR. Que hoy, á las diez,
en la plazuela de Oriente
estuvieran...

ROSA. ¿Para qué?

CHIR. Para impedir que se lleve
prisioneros el francés
á los últimos que quedan
de la familia del rey.
En esto llegó una ronda
y empezaron otra vez
las carreras, los silbidos
y los gritos. ¿Sabes quién
venía con los corchetes?
Uno que estuvo aquí ayer
y disputó con el amo.
¡Qué lástima de cordel!

ROSA. No sé quién dices.

CHIR. Es uno
que hizo dimision tambien
como los otros, y ahora
resulta Alcalde otra vez.

ROSA. ¡Pícaros afrancesados!

CHIR. Pronto nos hemos de ver
las caras, y yo les juro...

ROSA. Os van á zurrar la piel.
Sois pocos.

CHIR. ¡Quiá! En este barrio
lo ménos seremos... cien.
Á la huerta del convento
que desde casa se ve,
hemos de acudir con armas
en cuanto suenen las seis.
Á la plazuela de Oriente
arrumbamos el bauprés,
y caso de *pedir práctico*
por falta de *timonel*,
tocaremos á rebato
las campanas para que
todo el que tenga vergüenza
nos ayude á defender
el decoro de la pátria,
que madre de todos es.
¿He dicho algo, salerosa?

ROSA. ¡Vivan los bravos!

CHIR. ¡Chipé!

ROSA. Me pareces ménos feo
cuando hablas con ese aquel.
No se explica así don Cárlos.

CHIR. Ese *renquea*.

ROSA. Lo sé.

CHIR. ¿Duerme?

ROSA. No. Creo que ha ido
á casa del Coronel.
Vino á llamarle un Sargento
con mucha prisa.

CHIR. Sí, ¿eh?
Mucho madrugan.

ROSA. Silencio.
(Señalando hácia la puerta de la verja.)
Allí le tienes.

CHIR. Es él.

ROSA. Quién será el que le acompaña?
CHIR. No quiero verle.
ROSA. Pues ven.
CHIR. Sí; voy á decir al amo
que pronto darán las seis.
(Entran en la casa. Cárlos y D. Antonio salen por la puerta de la verja. D. Antonio se detiene y examina el jardin con recelo.)

ESCENA II.

D. ANTONIO y CÁRLOS.

CARLOS. Pues el asunto es secreto,
sírvase usía pasar,
que aquí podremos hablar
sin temor á un indiscreto.
ANTONIO. (Entregando á Cárlos un oficio.)
¿Está en regla ese papel?
CARLOS. Es una órden formal
conforme con la verbal
que me ha dado el Coronel.
ANTONIO. ¿No vive en esta morada
don Pedro Ruiz?
CARLOS. Sí por cierto.
ANTONIO. Y ¿esta puerta?...
CARLOS. Es la del huerto.
La casa tiene otra entrada.
ANTONIO. Vive usted aquí?
CARLOS. (Con reserva.) Me han dado
la boleta y aquí estoy.
ANTONIO. ¿Alojado?
CARLOS. (Con tono ambíguo.) Sí... aquí soy
nada más que un alojado,
y bien contra mi deseo.
ANTONIO. (Ap.) (¡Ah! entónces es diferente.
No es de la casa.) (Alto.) ¿Habrá gente
que nos pueda oir?

CARLOS. (Con impaciencia.) No creo...
ANTONIO. ¿Usted habrá preguntado
al Jefe?...
CARLOS. (Con sequedad.) Nunca pregunto
al Jefe. Sé de este asunto,
que el Coronel me ha mandado
verbalmente, hace un momento,
ponga de mi compañía
á disposicion de usía
diez soldados y un Sargento,
á quien mis órdenes dí;
á este jardin le cité...
ANTONIO. ¿Pero, usted no sabe?...
CARLOS. Sé
que á las seis estará aquí,
y como el señor Alcalde
le dará sus instrucciones,
yo no pido explicaciones.
ANTONIO. Me las pediría en balde,
pues debo manifestar
que nada puedo decir.
CARLOS. Yo, á usía, debo advertir
que nada he de preguntar.
ANTONIO. Capitan, usted ignora
que yo tambien soy mandado.
Me han dado un pliego cerrado,
y dentro de media hora
le abriré por vez primera
para cumplir lo que ordene
la Junta, que razon tiene
para obrar de esta manera.
*Supuesto que no hay razon
*para que usted se resienta;
*cese ya esta violenta
*y enojosa situacion.
CARLOS. Yo agradezco la merced
de esa explicacion cordial.

ANTONIO. Pues vamos á lo esencial.
¿Puedo contar con usted
para cumplir puntualmente
los mandatos de la Junta
de gobierno?

CARLOS. Esa pregunta
es ociosa y me resiente.

ANTONIO. La tropa ha manifestado
síntomas de insurreccion
y, en la grave situacion
en que me hallo colocado,
averiguar he querido
con mi franqueza habitual,
si usted seguirá leal
al Poder constituido.

CARLOS. Para demostrar á usía
donde llega mi paciencia,
le ruego que esa insistencia
no pase á descortesía.

ANTONIO. Las circunstancias son críticas
y usted no debe extrañar
que procure averiguar
sus opiniones políticas.

CARLOS. Es que considero yo
esa pregunta injuriosa.
Yo sería... cualquier cosa,
pero político, no.
*Considero los partidos
*como enjambres numerosos
*en que zumban ambiciosos
*y bullen entrometidos,
*mosconean pretendientes,
*aturden los habladores
*y sobran predicadores
*y faltan los penitentes.

ANTONIO. Anda la chusma en tropel,
y crea usted que me asusta...

CARLOS. Pues tenga miedo si gusta,
mas no me ofenda con él.
Cuando mi palabra doy
de soldado y caballero,
señor mio, triunfo ó muero
mas cumplo como quien soy.

ANTONIO. (Inclinándose.) Caballero...

CARLOS. Aunque tardío,
llegó el arrepentimiento.

ANTONIO. (Ap.) (Yo hablaré con el Sargento,
porque de tí no me fío.
Es altivo el militar.)

CARLOS. Terminemos este asunto.

ANTONIO. Yo vendré á las seis en punto.

CARLOS. Y yo no me haré esperar.

(Se saludan con frialdad y váse D. Antonio por la puerta del jardin.)

ESCENA III.

CÁRLOS, solo.

Siempre recelo ó desden.
¿Es que nadie me comprende,
ó es que la gente se ofende
de hallar un hombre de bien?
La fé será mi sosten,
pero que á raudales brote
en el alma y no se agote,
pues el mundo, ya está visto,
al que imita á Jesucristo
le toma por don Quijote.

ESCENA IV.

CÁRLOS y ELENA, que sale de la casa

ELENA. ¡Cárlos?

CARLOS. ¿Tú aquí, Elena mia?

ELENA. Tengo que hablarte un momento,
mas por Dios que no nos vean.
CARLOS. ¿Qué temes?
ELENA. Ya nada temo,
pues me condenan á muerte.
CARLOS. ¿Á tí!...
ELENA. ¿Crees que no es cierto?
Me han dicho que no te quiera
y era mi vida ese afecto.
CARLOS. ¿Mi padre?... Lo imaginaba;
estamos en desacuerdo
en política.
ELENA. ¿En política?
Y eso... ¿qué es?
CARLOS. Es como el cierzo;
de un corazon generoso
hace un pedazo de hielo;
de un hombre, casi una hiena;
casi un demente de un genio.
ELENA. Tu padre es inexorable.
CARLOS. ¿No ha quedado satisfecho
cuando le dí explicaciones
de mi conducta en Toledo?
¡No bastó que le entregase
aquel diploma funesto?
ELENA. »Elena,» me dijo anoche
con entrecortado acento,
depositando en mi frente
una lágrima y un beso.
«Yo tenía un hijo honrado...»
CARLOS. ¡Oh!
ELENA. «...Pero ya no le tengo.
»Tu mano al tocar la suya
»hallaría, de tu pueblo,
»sangre que sólo se lava
»con sangre del extranjero.»
CARLOS. ¡Eso dijo?

ELENA. Y añadió
que pensaba hablarte luego.
Accede á lo que te pida
si en algo estimas mi afecto.

CARLOS. No será posible, Elena.

ELENA. ¿Qué sabes tú?

CARLOS. Lo sospecho.
Á través de sus agravios
y de rencores añejos,
mi padre ve un enemigo
mortal en cada extranjero;
hace coro á los que juzgan
que la mision del ejército
es matar muchos franceses
por el delito de serlo;
*da crédito á esas consejas
*de perfidias y atropellos
*que achaca á los aliados
*el bando populachero;
y acaso me pida, en nombre
de un patriotismo frenético,
que á las plantas del Rey-turba
inmole mis juramentos.

ELENA. ¿Qué harás? (Con viveza.)

CARLOS. Desobedecerle.

ELENA. ¿Sin dudar?

CARLOS. Estoy resuelto.

ELENA. Es tu padre.

CARLOS. No lo olvido.

ELENA. Mas ¿no me quieres?

CARLOS. Por eso.

ELENA. ¿No cederás?

CARLOS. Nunca.

ELENA. ¡Ingrato!

CARLOS. ¿Eso dices?

ELENA. Eso creo.

CARLOS. ¿Mi pasion?...

ELENA. Es amor propio.
CARLOS. Es decoro.
ELENA. Orgullo necio.
¡Y mi amor?
CARLOS. Es egoista;
el deber es lo primero:
ELENA. ¿Y la pátria desolada?
CARLOS. Yo la sirvo obedeciendo.
España es la pobre nave
que bogar á merced del viento
flotando desarbolada
sobre el abismo del piélago.
¡Maldita la mano aleve
cuyo satánico esfuerzo
agite los vendavales
en torno del pobre leño!
ELENA. El amor y el amor propio
batallaron en tu pecho,
y el amor salió vencido,
pues, al fin, estaba ciego.
CARLOS. Mi corazon quedó herido.
ELENA. Tan herido que se ha muerto.
Adios para siempre.
CARLOS. Elena,
no me quieres.
ELENA. ¿No te quiero?
(Mostrándole unas flores que lleva sobre el pecho.)
Estas flores que me diste
abrasadas con un beso
aspiraron tantas lágrimas
que aún viven sobre mi pecho.
CARLOS. Si me quieres, sé mi esposa.
ELENA. Ese es el hermoso sueño
de mi vida, mas tu padre
ha de dar su asentimiento.
CARLOS. ¿Quién á implorarle te obliga?
ELENA. La gratitud que le debo.

CARLOS. ¿Y qué harás? (Rápido.)
ELENA. Obedecerle.
CARLOS. ¿No dudarás?
ELENA. Ni un momento.
CARLOS. ¿Y nuestra dicha?
ELENA. Acabóse.
CARLOS. ¿Y si te imploro?
ELENA. No accedo.
CARLOS. ¿No cedes?
ELENA. ¡Jamás!
CARLOS. ¡Ingrata!
ELENA. ¡Eso dices?
CARLOS. Eso creo.
ELENA. Es mi deber.
CARLOS. Es tibieza.
ELENA. ¡Y mi gratitud?...
CARLOS. Es miedo.
¡Y mi amor?...
ELENA. Tú lo dijiste;
el deber es lo primero.
CARLOS. Es que el mio es más sagrado.
ELENA. Pero el mio es más austero.
CARLOS. ¡Oh, basta!
ELENA. (Mirando hácia la izquierda.)
Tu padre llega.
Aléjate.
CARLOS. Ya me alejo.
Todo acabó entre nosotros.
ELENA. ¡Cárlos!
CARLOS. ¡Adios! (Váse por la derecha.)
ELENA. ¡Desfallezco!
Rebeldes lágrimas mias,
salid todas de mi pecho.
Muera el amor abrasado
en mi corazon de fuego. (Llora.)
Que no me vean llorando.
(Se oculta detrás de los árboles. D. Pedro y Chi-

ripa salen de la casa.)

ESCENA V.

D. PEDRO, CHIRIPA y ELENA, oculta.

CHIR. Lo digo como lo siento.
PEDRO. Inútil obstinacion.
CHIR. Su merced es algo viejo
para arriesgar el pellejo.
PEDRO. No envejece el corazon.
CHIR. Esos cabellos están
muy blancos.
PEDRO. Verás en breve
que debajo de esta nieve
llevo el cráter de un volcan.
ELENA. (Ap.) (¡Qué dicen!)
CHIR. Esta jornada
promete ser muy reñida.
PEDRO. Y, sin honra, ¿qué es la vida
en el cuerpo aprisionada?
Ayer todos han dudado
de mi patriótico afan;
si muero me creerán,
que en este mundo malvado
en vano la virtud lidia,
pues la injusticia es más fuerte
y sólo ante el polvo inerte
derrama llanto la envidia.
CHIR. Ni la muerte hace variar
á la envidia de opinion,
no se logra su perdon
ni aun dejándose enterrar.

—

Por huir de unos golillas
cierto sastre, que era cojo,
se murió sólo de un ojo...
Vamos... de mentirijillas.

Como el sastre era afamado
pocos sastres lo sintieron,
pero al entierro acudieron
con el vestido enlutado
y hubo más de un envidioso
que, echándola de afligido,
le llamó *amigo querido*
y *buen padre* y *buen esposo*.
El carpintero en seguida,
calculando de memoria,
hizo la caja mortuoria
para la *pata* encogida.
Pero á nadie le dió gana
de advertir, aunque lo viera,
que el muerto llevaba fuera
una pierna... Era la sana.
El cortejo dolorido,
que tenía mucha prisa...
(Esto fué cosa de risa.)
...Viendo que el muerto fingido
dió un respingo en la mortaja
al oler una taberna,
¡hasta le rompió la pierna
que no cabía en la caja!
Y en vano el cojo se esfuerza
en arengar al concurso,
pues, á pesar del discurso,
le enterraron á la fuerza.
Muchos que ofrecen la palma
de la gloria al que está yerto,
si resucitase el muerto...
le romperían el alma.

PEDRO. Ya hallarás otra mejor
ocasion de bromear.

CHIR. Yo, en tratando de luchar,
me pongo de buen humor.
Pero ya estoy en franquía.

¿Qué hay que hacer?

PEDRO. Lo más urgente
es hablar á ese Teniente.
Si diera su Compañía
un ejemplo generoso,
quizás todo el Regimiento
prestaría al alzamiento
su concurso poderoso.

CHIR. Mejor fuera haber hablado
al Capitan.

PEDRO. Desconfío.

CHIR. Pues quién es?

PEDRO. Era hijo mio...
cuando no era afrancesado.

ELENA. (Ap.) (¡Gran Dios!)

CHIR. Conspirar el padre
contra el hijo es accion fea.

PEDRO. Él contra España pelea
y la pátria es nuestra madre.

CHIR. Si la tropa se amotina
puede morir.

PEDRO. Si está ciego
que Dios le guie; le entrego
á su justicia divina.

ELENA. (Ap.) (¡Cárlos mio!)

CHIR. Él, en conciencia,
cumple el deber del soldado.

PEDRO. Pero hay otro más sagrado;
morir por la independencia
de la pátria, que afligida
implora auxilio. ¡Maldito
quien desoiga el ronco grito
de la madre dolorida!
Esta España, en que iracundo
el francés nos tiene opresos,
sembró de plomo y de huesos
las cinco partes del mundo.

Ese trono, hoy vacilante,
ostentó sobre sus gradas
cien coronas agrupadas
en la frente de un gigante.
De la diadema imperial
que arrojó un monarca austero,
despreciando el mundo entero
por la cárcel de un sayal;
del magnífico joyel
al que ofrecieron un dia
los reyes su pedrería,
sus primores el cincel,
por la Francia codiciada,
solo nos queda una perla,
y es preciso defenderla
con la punta de la espada.

CHIR. Y ¿qué hemos de hacer?

PEDRO. (Con brío.) Seguir
esta leccion militar:
aprendamos á matar
y enseñemos á morir.

CHIR. Pues ¡guerra á la gente extraña!
y, si luchan con valor,
les haremos el honor
de enterrarlos en España.

PEDRO. Sígueme.

CHIR. (Dirigiéndose al velador.) Voy á coger
mis armas.

PEDRO. Despues lo harás,
que no es hora, y ademas
aún tenemos que volver.

(Vánse por la puerta de la derecha. Elena se adelanta al proscenio.)

ESCENA VI.

ELENA, sola.

¡El hijo en contra del padre!...

¡El padre lleno de saña!
Esa la civil discordia;
esa es la lucha insensata.
Todos su deber invocan,
todos hablan de la pátria.
¡Blasfemos! Cuando se extingue
el fragor de las batallas,
¿qué dejan de ella? Cenizas
en un torrente de lágrimas.
Es preciso ver á Cárlos
y decirle lo que pasa.
Rosa le llevará aviso...

(Se dirigen hácia la puerta de la casa, por la cual ha salido Doña Juana que ha oido los últimos versos)

ESCENA VII.

ELENA y DOÑA JUANA.

JUANA. ¿Adónde vas!
ELENA. (Ap.) (¡Doña Juana!)
JUANA. (Con severidad.) ¿No es el deber más sagrado
la gratitud sacrosanta?
ELENA. ¡Señora!...
JUANA. Detente, Elena.
Tu protectora lo manda.
ELENA. ¿Pero.. usted no sabe?..
JUANA. Todo
me lo ha dicho mi marido.
ELENA. Cárlos no está prevenido
y quiero...
JUANA. De ningun modo.
ELENA. Y ¿sabe usted que su fama
se encuentra comprometida
y corre riesgo su vida?
JUANA. Lo sé todo.
ELENA. ¿Usted no le ama?
JUANA. ¡Elena!

ELENA. Nadie diría
que un fanatismo tenaz
hizo á una madre capaz
de esa horrible sangre fria.

JUANA. Tú, en cambio, no tienes calma.

ELENA. Yo amo á Cárlos.

JUANA. (Con fuego.) ¡Impostura!
Tú amas solo la envoltura
miserable de su alma.
¿Qué sabes tú de querer
si áun no has sentido arrancar
y en tus brazos palpitar
un pedazo de tu sér?
¿Qué amas de ese desdichado?
El exterior atractivo.
Tú deseas verle vivo;
yo deseo verle honrado.
Son de distinto raudal
nuestros afectos nacidos;
tú quieres con los sentidos,
yo adoro lo inmaterial.
No es mi afecto ese egoismo
que el propio bien considera;
yo tengo á mi pátria entera
el amor del patriotismo.
Tú, la vida; yo, el honor;
tú no más á un hombre quieres;
yo amo á millones de séres;
ya ves si es grande mi amor.

ELENA. ¿Qué importa dónde nací
al lado de lo que amé?
Adonde Cárlos esté
es la pátria para mí.

JUANA. Y ¿qué vale una persona,
si un pueblo sucumbe, Elena?
¡Qué vale un grano de arena
si un mundo se desmorona?

ELENA. Mas la pátria...
JUANA. Es, de la vida,
manantial que no se agota.
Todo crece, todo brota
de la pátria bendecida.
Cuanto abarca la mirada,
cuanto encierra la frontera,
de una raza altiva y fiera
fué materia organizada.
El perfume de las flores,
el vigor que nos alienta,
la tierra que nos sustenta,
los sonidos, los colores...
todo es de un pueblo guerrero
metamorfosis sublime;
hasta el polvo donde imprime
torpe huella el extranjero.
Esto es pátria; esto es España;
la atribulada matrona
que ve su régia corona
en manos de turba extraña
y, á traicion acometida,
convoca á la gente ibera
con el grito de la fiera
acosada en su guarida
pues, para honrarse y honrarlos,
crió su mejor tesoro;
españoles con decoro
y hierro para vengarlos.
ELENA. La pátria es una traicion
á la ley de Jesucristo.
JUANA. ¡Eso dices!
ELENA. Lo que he visto.
Présteme usted atencion.
(Con naturalidad y delicadeza.)
Allá en mi país natal,
que de Francia está vecino,

hay en medio de un camino
una piedra y un rosal.
La piedra está en la frontera,
el rosal en torno crece
y cada flor que aparece
de su hermana es extranjera.
Mas, cuando mueren las dos
enemigas, del rosal
en una sola espiral
vuela su perfume á Dios
que, á las almas y las flores,
en ese espacio azulado
una sóla pátria ha dado
sin fronteras ni rencores.
Yo, mirando tristemente
esa línea fronteriza,
que tortuosa se desliza
con aspecto de serpiente,
y recordando los lazos
que el hombre rompe iracundo,
pensé: «¡El amor creó el mundo!
»¡El odio le hizo pedazos!
»¡Cuán absurda y caprichosa
»es la pretension humana!
»¿Dejará de ser hermana
»una rosa de otra rosa?
*Y en la piedra, entre las dos
*pobres flores, dejé escrito:
*»La frontera es un delito
*»contra las leyes de Dios.» (Pausa.)
¿Por qué ese rencor cruel
al extranjero, si al fin
es nuestro hermano?

JUANA. Caín
era el hermano de Abel,
y su raza maldecida
que el Eterno proscribió,

la frontera no pasó
de la tierra prometida.
En vano, Elena, te afanas
y á mi amor de madre acudes;
yo imitaré las virtudes
de las hembras espartanas.
Cuando al guerrero sañudo
para la guerra partía,
»¡Con el escudo...,» decía
la madre..., «ó sobre el escudo!»
Yo no he de ser menos fuerte
si Cárlos sale á reñir,
pues solo le he de decir:
«Á la gloria ó á la muerte.»
(Cárlos sale por la derecha.)

ELENA. Véale usted.

JUANA. Es él. Déjanos solos,
Elena.

ELENA. Pero yo...

JUANA. Ni una palabra.

ELENA. (Ap. mirando á Cárlos.)
(¡Y me deja marchar! Ya no me quiere!)

CARLOS. (Ap. por Elena.)
(Se aleja cuando llego. No me ama!)
(Váse Elena por la izquierda.)

ESCENA VIII.

DOÑA JUANA y CÁRLOS.

JUANA. ¿De dónde vienes, Cárlos?

CARLOS. De esas calles
donde se nota una afluencia extraña
de gentes que caminan silenciosas
en confuso tropel. Madre, ¿qué pasa?
Todos van silenciosos y ceñudos.

JUANA. Es que van á un entierro. Al de la pátria.

CARLOS. ¡Oh! madre. ¡Qué delirio!

JUANA. ¿No lo crees?
CARLOS. Rumores son que la ambicion propala
y el vulgo suspicaz los acrecienta
dirigido por gente mercenaria.
JUANA. ¿Ignoras que el infante don Francisco
y la reina de Etruria, para Francia
van á partir porque Murat lo exige?
CARLOS. El rey Fernando lo mandó.
JUANA. Te engañas.
Sobre el régio dosel de Cárlos cuarto
el águila francesa hincó la garra.
CARLOS. No puede ser. El pueblo valeroso
que ganó sus laureles cara á cara
jamás arrojará sobre su escudo
de la perfidia la indeleble mancha.
JUANA. Mira por esa reja, desdichado.
CARLOS. Madrid está tranquilo.
JUANA. Esa es la calma
con que se cierne el nubarron sombrío
que lleva el huracan en las entrañas.
Cárlos, la hora se acerca.
CARLOS. No comprendo.
¿Qué quiere usted de mí?
JUANA. Pregunta vana
que con otra pregunta se contesta.
¿Qué harás si el pueblo se levanta en armas?
CARLOS. Obedecer las órdenes que tengo
y el sagrado deber de la Ordenanza.
JUANA. Y ¿si te ordenan combatir al pueblo?
CARLOS. Acataré la ley del que me manda.
JUANA. Traidor serás.
CARLOS. (Con brío.) Traidor es el soldado
que, embriagado al clamor de la asonada,
arrastra por el fango de las calles
de su deber la enseña sacrosanta.
*Infame es el perjuro que, ambicioso,
*en medio de una turba sublevada,

*tremolando el acero fratricida
*rasga las vestiduras de la pátria.
*Traidor, infame y desleal es ese,
*que, proclamando en barahunda gárrula
*pátria, justicia, honor, en torno deja
*luto y desolacion, incendio y lágrimas.

JUANA. Cárlos, ¿Son tus deberes militares
entregar la nacion aherrojada
á la turba extranjera que la asedia?
Si ese libro que llamas la Ordenanza
está escrito en la lengua de Cervantes
no es posible que mande tal infamia.

CARLOS. Sólo por el honor daré la vida.

JUANA. ¿Qué vale ni la vida ni la fama
del mercenario oscuro? La existencia,
el decoro, su historia, hasta su alma,
todo debe inmolarlo el que es honrado
sobre el altar augusto de la pátria.
¡Qué vale tu egoismo de pigmeo?
Sucumbe... es más ¡deshónrate! mas sálvala.

CARLOS. *¡La pátria!

JUANA. *Sí.

CARLOS. *Hay blasfemos que trocaron
*en grito sedicioso esa palabra.
Venga una enseña honrosa que me guíe
y entonces moriré para salvarla.

JUANA. ¿Pues qué, no es digna de guiar tu esfuerzo
la que flotó en los muros de Numancia?

CARLOS. ¿Y el sonrojo que causa la vergüenza?

JUANA. Nadie verá tu frente sonrojada,
pues tanto resplandece y de tal modo
el nimbo de los mártires de España
que se ofusca, al mirar su rayo espléndido,
y ciega la malicia descarada.

CARLOS. Todo es inútil, madre. Estoy resuelto.

JUANA. ¿Eres ciudadano ó una máquina?

CARLOS. Soy un hombre de honor; he prometido

obedecer y cumplo mi palabra.

JUANA. Yo creí, al darte vida de mi vida,
que te prestaba el fuego de mi alma
y no fué así. Mas, oye; tú que yaces
rígido como el mármol de la estátua
que gravita entre cieno, no lo olvides;
el fango sube y manchará tu espada.

CARLOS. ¡Madre!

JUANA. Jamás pronuncies ese nombre,
pues, si llevé un esclavo en mis entrañas,
no quiero que el rubor de mi semblante
denuncie al mundo desventura tanta.

CARLOS. Una palabra al ménos.

JUANA. Ni una sola.
Adios.

CARLOS. ¡Oh madre! Por piedad...

JUANA. (Rechazándole.) Aparta.
(Váse por la izquierda.)

CARLOS. ¡Dios mio! Un solo rayo de los cielos
que desgarre las sombras de mi alma.

ESCENA XI.

CÁRLOS, CHIRIPA, D. ANTONIO, el SARGENTO y SOLDADOS.

(Llega Chiripa por la derecha.)

CHIR. Don Cárlos.

CARLOS. ¿Quién es!

CHIR. Soy yo.

CARLOS. ¿Qué quieres?

CHIR. (Con aspereza.) ¿Yo? Nada; mas
ahí pregunta por usted
un hombre que, á la verdad,
no sé como vuelve á casa.

CARLOS. (Mirando hácia la puerta de la verja.)
El Alcalde. Hazle pasar
y vete...

CHIR. (Ap.) (¿Qué será esto?)

(Alto.) Véale usted; ahí está.

(D. Antonio llega por la derecha. Chiripá se aleja hácia el foro, mirando con recelo, y parece escuchar con interés. El Sargento llega tambien con algunos soldados, los deja formados á la parte exterior de la verja y entra por la puerta de la derecha, saludando militarmente á Cárlos. Desde este momento la accion ha de ir creciendo en rapidez y calor hasta el final.)

ANT. (Á Cárlos, sacando el reloj.)
Señor Capitan, la hora,
falta un minuto no más.

CARLOS. Aún no ha llegado el Sargento
y...

ANT. Viene conmigo.

CARLOS. (Reparando en el Sargento.) Ya
puede usía dar sus órdenes.

ANT. (Despues de haber leido un papel que trae en la mano.)
Bien contra mi voluntad,
que es difícil y enojosa
la comision que me dan.

CARLOS. ¿Cuál es?

ANT. Conducir á un preso
vivo ó muerto al Principal.

CHIR. (Ap.) (Ya veremos.)

SARG. Lo que es vivo
algo difícil será.
Anda el pueblo amotinado.

CARLOS. (Con severidad.)
¿Tiene usted miedo?

SARG. No: mas
si quieren librar al preso
¿qué se hace, mi Capitan?

CARLOS. Obedecer ciegamente
al Alcalde.

SARG. Así se hará.

CARLOS. Y cumplir á todo trance
la Ordenanza militar.
ANTONIO. Si intentase huir el preso
le mata usted.
SARG. Morirá.
CARLOS. Acabemos.
(Llega D. Pedro por la derecha y se detiene en la puerta del jardin.)
PEDRO. (Ap.) ¡En mi casa
este apresto militar?
CARLOS. (A D. Antonio.)
¿El nombre de esa persona?
ANTONIO. Don Pedro Ruiz.
PEDRO. (Avanzando.) Aquí está.

ESCENA X.

DICHOS y D. PEDRO, despues ROSA.

CARLOS. ¡Oh, mi padre!
(Se retira hácia el foro y D. Pedro no repara en él hasta cuando lo indica el diálogo.)
ANTONIO. (Á D. Pedro.) Por el Rey
dése usted preso.
CHIR. (Ap.) (Aquí es ello!)
(Váse precipitadamente por la derecha.)
PEDRO. (Á D. Antonio.)
¿Qué rey manda este atropello
donde no hay pátria ni ley?
CARLOS. (Ap.) (Honor mio!..)
PEDRO. Yo no quiero
tolerar su infame yugo;
Rey que tiene tal verdugo
de seguro es extranjero.
ANTONIO. ¡Sargento! (Al Sargento.)
SARG. (Llamando.) ¡Hola!
(Entran dos soldados por la puerta de la verja.)
PEDRO. (Reparando en Cárlos corre hácia él.)

¿Has escuchado?
(Cárlos manifiesta incertidumbre y abatimiento.)
¿Qué te pasa? ¿No has oido?

CARLOS. (Con desesperacion.)
¡Oh, padre! ¿Por qué he nacido
para ser tan desdichado?

PEDRO. ¡Cárlos! levanta esa frente.
¿No oyes? Me quieren prender.

ANTONIO. (Á Cárlos.) Cumpla usted con su deber.

PEDRO. ¿No mandas tú en esa gente?
¡Aún vacilas! ¿Tienes miedo?

CARLOS. ¡Miedo?...¡Nunca!

ANTONIO. (Ap.) (Se enternece.)
(Á Cárlos.) Usted no se pertenece.

CARLOS. (Á D. Pedro con abatimiento.)
No puedo, padre: no puedo.
*No espere usted ni venganza
*ni libertad de mi mano.
*Soy esclavo de un tirano
*que se llama la Ordenanza.

PEDRO. Me debes la vida.

CARLOS. (Saca la espada y se la ofrece.) Sí;
y pagar mi deuda quiero.
Cobre usted con este acero
su crédito contra mí.
*Huya, de mi sangre en pos,
*este espíritu sin calma,
*pues tambien me estorba el alma
*y quiero pagarle á Dios. (Llora.)

PEDRO. ¿De qué me sirve tu vida?
¿Lloras?

CARLOS. ¡Perdon! (Va á arrodillarse y D. Pedro le obliga á incorporarse.)

PEDRO. ¡Oh, traidor!
Villano, ten el valor
siquiera del parricida.
Cobarde es aquel que llora

al ver á su padre preso.

ROSA. (Sale de la casa.)
¿Qué ocurre? ¡Señor! ¿Qué es eso?

ANTONIO. (Á Rosa.) ¡Calla!

ROSA. (Entra en la casa gritando.)
Señora! Señora!

ANTONSO. (A D. Pedro.) Salgamos.

PEDRO. Sí; no me arredro
ante una muerte que ansío!
(Á Cárlos que se postra ante él.)
¡Aparta!
(Vánse por la derecha D. Pedro, D. Antonio, el Sargento y los dos Soldados. Cárlos queda arrodillado con la espada en la mano. Doña Juana llega precipitadamente por la izquierda seguida de Elena y Rosa.)

CALROS. ¡Padre! ¡Dios mio!

ESCENA XI.

CÁRLOS, DOÑA JUANA, ELENA y ROSA.

JUANA. ¿Adónde está! (Gritando.) ¡Pedro! ¡Pedro!
(Corre hácia la puerta de la verja sin ver á Cárlos hasta que lo indique el diálogo.)

ELENA. ¡Preso!

JUANA. (Á Cárlos.) ¿Tú aquí... arrodillado
con la frente sonrojada!
¡Tú en las manos esa espada
y tu padre encarcelado?
(Pugna por arrastrarle á la puerta de la verja. Cárlos se resiste.)
Corramos!... ¿No me haces caso?

CARLOS. Perdon, si desobedezco.

JUANA. ¡Hijo!... ¡Tú!... Yo desfallezco
(Sumamente afectáda se apoya en Elena que acude á sostenerla.)

ELENA. (Á Rosa.)
¡Agua! (Rosa entra en la casa.)
CARLOS. (Suplicando.) ¡Madre!
JUANA. (Reanimándose.) ¡Atrás!
CARLOS. ¡Me abraso!
JUANA. (Cogiendo á Cárlos de un brazo.)
¡Ven!
CARLOS. No puedo. ¡Pierdo el juicio!
JUANA. ¡Ven!
CARLOS. ¡Nunca!
JUANA. ¿Quién te lo impide?
CARLOS. El deber, madre, y Dios mide
mi terrible sacrificio.
JUANA. Pues tu mano asalariada
no sacude esa cadena
que arrastras, como la hiena
para el mal aleccionada,
yo salvaré á mi marido...
CARLOS. ¡Usted?...
JUANA. Si; ó su sangre hirviente
caerá sobre tu frente
como plomo derretido.
(Se dirige hácia la puerta de la verja; Cárlos se interpone y le rechaza.)
CARLOS. Madre, ¿dónde va usted sola?
Su proyecto es temerario.
JUANA. (Con desprecio.) ¡Eh! Paso, el vil mercenario,
á la matrona española. (Váse por la derecha.)

ESCENA XII.

CÁRLOS y ELENA, despues ROSA.

ELENA. Ya se aleja. (Mirando por la verja.)
CARLOS. ¡Horrible dia!
Al fin has vencido, honor.
(Reparando en Elena, la dice con tono suplicante.)
¡Elena...; mi bien...; mi amor!

Oye.

ELENA. ¡Aparta!

CARLOS. ¡Elena mia!

ELENA. ¡Á tu padre haces traicion!

CARLOS. ¡Elena!

ELENA. (Arrancándose del pecho el ramo de flores que la dió Cárlos y tirándosele á los piés.)

¿Ves estas flores?
Así la de tus amores
arranco del corazon.
¡Madre! ¡Madre!

(Váse por la derecha gritando. Rosa ha salido de la casa con un vaso de agua y pasa por delante de Cárlos como buscando á Doña Juana.)

CARLOS. (Á Rosa.) Por favor;
dame, que estoy abrasado.

ROSA. (Tirando al suelo, con enojo, el vaso y el plato.)
¡Atrás el afrancesado!
No hay agua para el traidor.
(Váse por la izquierda.)

ESCENA ÚLTIMA.

CÁRLOS, despues CHIRIPA.

CARLOS. (Con desesperacion.)
¡Todos me creen culpable!
(Coge una de las pistolas que Chiripa dejó sobre el velador.)
Una pistola cargada...
¡Alma mia encadenada
á este cuerpo miserable!...
Pura, inmaculada, ilesa,
yo te ofrecía al Eterno
y Dios no te quiere...
(Amartilla la pistola.) ¡Infierno!
Ven á recoger tu presa.
(Se dirige el cañon de la pistola á la cabeza y Chi-

ripa, que llega precipitadomente por lo derecha, le sugeta la mano.)

CHIR. ¡Don Cárlos!

CARLOS. ¡Oh! ¿Tú!...

CHIR. (Quitándole la pistola.) ¡Qué accion!
Eso es una cobardía.
Venga usted. La gente mia
corre á evitar la prision
de don Pedro y es más fuerte
que la escolta .

CARLOS. Desdichado!
¡Oh! ¿Qué has hecho?

CHIR. Le he salvado.

CARLOS. No: le has condenado á muerte.
Partamos sin dilacion.
Vivo ó muerto han de llevarle.
(Se oye rumor lejano de motin.)

CHIR. ¡Gritan!...

CARLOS. ¡Vamos á salvarle!
(Se dirigen precipitadamente hácia la puerta de la verja y en ese momento suena una descarga de fusilería, Chiripa se queda aterrado y se cubre el rostro con las manos, Cárlos da un grito desgarrador y cae desmayado.)

CHIR. ¡Jesús!

CARLOS. ¡¡Padre!! ¡¡Mal...dicion!!
(Telon rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, saliendo del primer cuarto, derecha, despues CHIRIPA.

Allí está con un soponcio
sin menear pié ni mano.
La señorita se apura...
No se muere, no hay cuidado.
Don Cárlos, como no es bueno,
ha de durar muchos años.
Al ver prender á su padre
se cruza el hijo de brazos
y, cuando ya no hay remedio,
se nos viene con desmayos
y delirios y pamemas...
¡Por vida del as de bastos!
Mal pleito tienen los buenos
en la tierra con los malos,
pues siempre al bueno le toca
recibir un linternazo.
Por fortuna hay otra vida
que si no, frescos estábamos.

Aún no han vuelto doña Juana
ni Chiripa. ¿Habrán logrado
la libertad de don Pedro?

(Suena á lo lejos una descarga de fusilería y luego otras. Se oye toque de cornetas y rumor lejano de combate.)

¡Dios nos coja confesados!
¡Una descarga! Otra vez
empieza el fuego... ¡Dios santo!
¿Qué será?

(Se asoma á la ventana. Óyese ruido de puertas que se cierran y de gente que corre por la calle.)

Corre la gente...
Suenan gritos y portazos.
Mas ¿qué veo?... Sí; es Chiripa.
(Gritando.) Sube pronto, alma de cántaro.
¿Qué quieres? ¿La llave? Toma.

(Coge una llave que habrá sobre la mesa y la tira por la ventana.)

Abre la puerta... Ya ha entrado.

(Se dirige hácia la puerta del foro, por donde llega Chiripa, que parece herido en el brazo izquierdo y trae un trabuco en la mano derecha.)

Ya sube... ¡Herido?

CHIR. (Con flema.) No es cosa.
Me han pegado un cañonazo.

ROSA. ¡Á tí solo?

CHIR. Ha repartido
el obsequio entre otros cuantos.

ESCENA II.

CHIRIPA y ROSA.

ROSA. ¿Cómo fué?

CHIR. Ménos preguntas
y *trincame* un pañizuelo
para tapar la *avería*.

ROSA. ¡Oh, qué herida!

CHIR. No hagas gestos.
Achica un poco la sangre
que mana de ese agujero
y *apareja* cualquier cosa,
vinagre, sal ó pimiento,
que aún he de dar la jaqueca
con este niño de pecho.
(Por el trabuco. Suena otra descarga.)
ROSA. ¡Jesús!
CHIR. Me echan memoriales
para que les rompa un hueso.
ROSA. ¿Quiénes?
CHIR. ¡Toma! Los *gabachos*
que no han quedado contentos.
(Chiripa se sienta y Rosa le venda el brazo.)
ROSA. ¿Qué ha pasado?
CHIR. Iré contando;
pero zurce ese remiendo.
Al oir una descarga
que resonaba á lo léjos,
sin cuidarme de don Cárlos,
que se quedó como lelo,
salí *en demanda* del amo,
mas que espantado, frenético.
*Desierta veo la calle
*como la de un cementerio;
*tantos balcones cerrados,
*tantas puertas con letreros
*más que agujeros de vivos
*parecen nichos de muertos.
Echo á correr y mis pasos
mil veces repite el eco,
en medio de aquella calma
en que *se oye hasta el silencio.*
De pronto llega á mi oido
un quejido lastimero
y, al *desbordar* una esquina,

veo un muchacho en el suelo
revolcándose en su sangre
pálido como un espectro.

ROSA. ¡Pobrecito!

CHIR. Era un valiente;
Juanillo. ¡Pobre muñeco!
Le pregunto por el amo;
dice algo que no le entiendo;
señala con mano trémula
avante y se queda muerto.
Cierro sus ojos vidriosos
y, rezando un Padre-nuestro,
arrumbo hácia donde marca
su brazo rígido y yerto.
*Súbito el cañon retumba
*con los rugidos del trueno,
*y despues puebla los aires
*de blasfemias y lamentos
*un estruendo formidable,
*un alarido supremo.
*Es la cobarde metralla
*que barre un pueblo indefenso.
*Francia siega á cañonazos
*sus laureles de Marengo;
*España los pisotea,
*sucumbe y muere sobre ellos.
Llego á la Puerta del Sol
guiado por el estrépito.
Aquello es un espantoso
simulacro del infierno.
Por todas las bocacalles,
mamelucos y lanceros
cierran sobre el paisanaje
como un vendaval de hierro.
Aquel mar de carne humana
les abre paso mas, luego,
les aprisiona sañudo,

se revuelve en torno de ellos
y, á veces, una oleada
les torna á la orilla muertos.
Hay un instante de calma;
veo una mujer y un clérigo
en él átrio de la iglesia
de la Soledad; me acerco.
La mujer es doña Juana,
el cura el del Buen Suceso.
»¿Dónde está el amo?» pregunto.
»En la casa de Correos.»
Me explican rápidamente
que la escolta de don Pedro,
acosada por las turbas,
se veía en gran aprieto
y que una tropa francesa
logró recobrar el preso.
Hay un Consejo de guerra
que juzga á los insurrectos,
y el cura ha sido llamado
para auxiliar á unos reos.
Nada más puedo escucharles;
resuena un fragor siniestro;
«¡La artillería!» prorumpe
la multitud. Era cierto.
Retumba de los cañones
el estampido funesto;
sobre un torrente de sangre
pasa un diluvio de hierro,
y la furiosa marea
de aquel agitado Occéano
me arrastra yo no sé adonde
con ímpetu violento.
Siento dolor en el brazo,
ira, debilidad, vértigos...
Oigo gritar: «¡Armas... armas!
»Al parque!...;» cedo al esfuerzo

de aquel terrible oleaje;
corren...; corro sin saberlo,
y aquí estoy, porque he venido,
desarbolado y maltrecho
por arribada forzosa,
con que *guinda el mastelero*,
(Rosa le pone al cuello un pañuelo y le ayuda á suspender el brazo izquierdo.)
que, en echando en *la bodega*
una gota de lo añejo,
me voy á romper el alma
con Napoleon primero.

ROSA. Si está en Francia todavía...

CHIR. Pues entónces con su ejército.

ROSA. Estás manco.

CHIR. De ese brazo,
pero aún me queda el derecho.

ROSA. Más valiera que tratases
de libertar á don Pedro.

CHIR. No se trata de otra cosa.

ROSA. Pues hazlo.

CHIR. Tengo un proyecto.
Ese Alcalde condenado,
que llevó á nuestro amo preso,
tiene una hermana beata,
vieja y bruja hasta los pelos,
que es persona de influencia,
sobre todo en los infiernos,
y si ella y su hermano quieren
saldrá libre el prisionero.
Viven cerca.

ROSA. Y ¿qué pretendes?

CHIR. Pues, atiende. Me presento;
hablo con la vieja; accede
á lo que le pida. Bueno.
Que no accede; la amenazo.
Que se resiste; la cuelgo.

Llega su hermano, le agarro
y le extrangulo y me vuelvo.

ROSA. Míralo bien.

CHIR. No hace nada
el que lo mira primero.

ROSA. Don Cárlos está muy malo.

CHIR. Pues dale un caldo de arsénico.

ROSA. No seas así.

CHIR. ¿Qué quieres?

ROSA. Á ver si encuentras un médico.

CHIR. Le tiene muy merecido.

ROSA. ¿Le buscarás?

CHIR. Yo lo creo.
Como el médico le agarre
nos le entierra y uno ménos.
¡Ah! Mira; dame un abrazo.

ROSA. ¿Por qué?

CHIR. Por si no nos vemos.

ROSA. Os van á zurrar.

CHIR. Lo dudo.

ROSA. Te van á matar.

CHIR. Lo creo.

ROSA. ¿Vas solo?

CHIR. (Cogiendo el trabuco.) Con este amigo,
que es excelente sujeto.
(Suena una descarga á lo lejos.)
Ya toca la sinfonía
la orquesta del extranjero.
¡Qué prisa de que les rompan
las costillas! Hasta luego.
(Hace que se va y vuelve.)
¡Ah! Se me olvidaba. ¿Quiéres
que te traiga un mico de esos
que los llaman mamelucos?

ROSA. ¿Un mameluco? Y ¿qué es ello?

CHIR. Una especie de *franchute*
que se cayó en un tintero.

Le atas al balcon...

ROSA. ¡Eh, quita!

CHIR. En fin, como quieras. Vuelvo.

(Váse por el foro.)

ESCENA III.

ROSA y ELENA.

ROSA. Debí de darle el abrazo.
Cuando digo que no es feo...

ELENA. (Sale por la primera puerta, derecha.)
¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA. Doña Elena.

ELENA. ¡Ay de mí! Cárlos...

ROSA. ¿Qué es ello?

ELENA. Está demente; delira;
no me escucha. Pronto, un médico.

ROSA. Chiripa fué á buscar uno.
Dijo que el amo está preso.

ELENA. ¿Vive?

ROSA. Sí.

ELENA. ¡Gracias, Dios mio!

CARLOS. ¡Padre! ¡Padre! (Gritando, dentro.)

ROSA. ¡Santos cielos!
Don Cárlos llama á su padre.

ELENA. Delira. Le cree muerto.

ROSA. Corro á alcanzar á Chiripa.
(Váse por el foro.)

ELENA. Ya se acerca. Tengo miedo.

ESCENA IV.

ELENA y CÁRLOS, despues ROSA.

CARLOS. (Sale precipitadamente, por la primera puerta de la derecha, poseido de gran agitacion y se detiene en medio del escenario, mirando con vaguedad en torno suyo.)

¡Padre! ¡Tampoco aquí?

ELENA. Cárlos, ten calma.

CARLOS. (Sin hacerla caso.)
¡Padre! ¡Padre adorado!
No responde al acento desolado
que se escapa del cáos de mi alma.

ELENA. ¡Cárlos!

CARLOS. Si; Cárlos fué. Nadie lo ignora.
Es ese que se oculta, ese que llora
el hijo criminal. Sobre la frente
lleva una mancha roja permanente,
y en vano es que derrame
amargo llanto el parricida infame
y con mano crispada y temblorosa
quiera borrar la marca vergonzosa.

ELENA. ¡Cárlos! ¡Cárlos!

CARLOS. (Vuelven en sí.) ¡Elena! ¿Tú á mi lado?

ELENA. ¿Qué es lo que tienes?

CARLOS. Sombras en la mente,
hielo en el corazon, lava en la frente.
Yo creo que he soñado
mi horrible desventura.
Mas no fué sueño, no. Mi padre ha muerto.

ELENA. Cárlos, tu padre vive.

CARLOS. ¡Vive! ¿Es cierto?

ELENA. Jamás manchó mi labio una impostura.

CARLOS. Júramelo.

ELENA. Lo juro.

CARLOS. ¡Elena mía!
Bendita tu palabra, bienhechora
como espléndido rayo de la aurora
que las sombras inunda de alegría.
¡Padre del alma! (Sollozo.)

ELENA. (Ap.) (Se ha salvado. Llora.)
(Alto.) Tu padre vive; pero yace opreso.

CARLOS. ¿Y bien?

ELENA. Es necesario

evitar que termine su calvario
en trágico suceso
que nos cubra de luto.

CARLOS. Yo, por salvarle, el mísero tributo
daré de la existencia.

ELENA. Cárlos, así te quiero.
Todo Madrid, en armas levantado,
te ayudará á salvar al que primero
le habló de independencia.

CARLOS. ¡Oh, qué dices?

(Se oye rumor de motin en la calle. Elena y Cárlos se acercan á la ventana.)

ELENA. Escucha. El pueblo airado
te da ejemplo.

CARLOS. ¡Él... á mí?

ELENA. Llegó el instante.
Á su impulso gigante
une el esfuerzo de tu inteligencia.

CARLOS. Elena ¡qué pretendes?

ELENA. Pues qué ¿no me comprendes?
¿No quieres á tu padre?

CARLOS. Sí. Le adoro.
Mi vida le daré; no mi decoro.

ELENA. ¿Quién te lo exige?

VOCES. (Dentro.) ¡Viva España! ¡Viva!

ELENA. El nombre invocan de la pátria amada.

VOCES. (Dentro.) ¡Muera la Junta! ¡Muera!

CARLOS. Contra la Autoridad alzan bandera.
Jamás de tan sacrílega asonada
apoyaré la inícua tentativa.

ELENA. ¿Luchar no me ofrecías hace poco?

CARLOS. Sí ofrecí ser traidor, estaba loco.

ELENA. ¿Y tu padre?

CARLOS. ¿Y mi honra de soldado?

ELENA. Ahora sí que estás loco, desdichado.
¡Qué hablas de honor!

(Se oye una marcha de caballería francesa. Rosa

llega por el foro y se asoma á la ventana.)

CARLOS. ¡Elena!
Nunca creí que sospechar pudieses...

ROSA. ¡Ay, Dios mio!

ELENA. ¿Qué ocurre?

ROSA. ¡Los franceses!

CARLOS. (Despues de asomarse á la ventana dice tranquilamente.)
Es la Guardia imperial.

ELENA. ¡Desventurado!
Oye el bélico estruendo que resuena.
Tu dignidad invocas y altanero
te responde el clarin del extranjero.

CARLOS. No, Elena. Es el clarin del aliado.

ELENA. Piensa en tu padre.

CARLOS. Libertarle espero.

ELENA. ¿Á quién acudirás?

CARLOS. Á una persona
á quien salvé la vida en Barcelona
y siempre gratilud me ha demostrado.
Pertenece á la Junta.

ELENA. ¿Afrancesado?

CARLOS. ¿Qué dices?

ELENA. La verdad, pero no obstante,
vete, Cárlos. No pierdas ni un instante.

CARLOS. El tiempo solo de tomar mi espada
y al punto voy á verle.

ELENA. Desconfía,
que el que vende á su pátria vendería
á Lucifer el alma condenada.

(Váse Cárlos por la primera puerta, derecha.)

ESCENA V.

ELENA y ROSA.

ROSA. Dios quiera que llegue á tiempo
don Cárlos.

ELENA. ¿Temes que no?
ROSA. Señorita...
ELENA. Tú algo sabes.
ROSA. Yo no he dicho...
ELENA. Habla por Dios.
ROSA. *Pues la verdad, señorita,
*es que ha corrido una voz
*tan triste que, al escucharlo,
*me dió un vuelco el corazon.
Dicen que se oyen descargas
hácia la puerta del Sol.
ELENA. ¿Sigue el combate?
ROSA. No es eso.
ELENA. ¡Qué! ¿Ya no se baten?
ROSA. No.
*El pueblo fué rechazado,
*aunque luchó con valor,
*y al Parque de artillería
*por armas se dirigió.
*Mas ya la tropa francesa
*se acerca á Monteleon.
ELENA. Entónces, esas descargas
¿qué significan?
ROSA. Rencor
y saña con el vencido.
ELENA. ¡Jesús! No es posible... No.
ROSA. Murat ha dictado el bando
más sanguinario y atroz,
que impone pena de muerte
por la sospecha menor.
Ni á las débiles mujeres
ni á los niños excluyó;
para morir fusilado
basta con ser español.
ELENA. Corona tendrá de espinas
el pérfido vencedor;
que Dios castiga á los réprobos

con la pena del Talion.

ROSA. En la calle, hace un momento,
un hombre me aseguró
que en la casa de Correos
funciona la Comision
militar...

ELENA. ¿Y bien?

ROSA. El amo
está allí preso.

ELENA. ¡Qué horror!
(Se dirige hácia la primera puerta de la derecha. Rosa la detiene.)
¡Cárlos!

ROSA. ¿Á qué atormentarle
sin saber lo que pasó?

ELENA. Y ¿qué hacer?

ROSA. Tengo una idea.

ELENA. Habla.

ROSA. (Señalando á la segunda puerta, derecha.)
En esa habitación
hay un francés.

ELENA. ¿El herido?

ROSA. Segun usted me explicó,
es edecan de Murat.

ELENA. ¡Oh, sí!

ROSA. Favor por favor.
Justo será que nos pague
la merced que recibió,
salvando la vida al amo
con su recomendacion.

ELENA. Mas no puede levantarse
de la cama. Está peor.

ROSA. Podrá escribir dos renglones
al ménos.

ELENA. Tienes razon.
Ven, Rosa. Vamos á hablarle.
El cielo te iluminó.

Trae papel y tintero
y ven al punto.

ROSA. Allá voy.

(Se dirige hácia la mesa para tomar papel y tintero. Elena entra en el segundo cuarto de la derecha.)

¡Ojalá no sea tarde!

JUANA. Rosa! (Gritando: dentro.)

ROSA. ¡Es el alma! ¡Gran Dios!
Voy á abrir. ¿Qué habrá pasado?
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, despues DOÑA JUANA.

CARLOS. (Sale del primer cuarto, derecha.)
No hay nadie en la habitacion.
Es preciso ganar tiempo.
Salgamos.
(Se dirige hácia la puerta del foro por donde sale Doña Juana, que parece muy conmovida.)
¡Usted?

JUANA. Yo soy.

CARLOS. ¡Madre mia!

JUANA. (Rechazándole.) ¡Tú, no! Tú no te acerques.
Yo voy buscando un corazon de fuego
donde verter el odio que á raudales
brota del mio dolorido y yerto.

CARLOS. ¡Madre! ¡Por Dios! ¿qué ocurre?

JUANA. ¿No comprendes
lo que pregona con terrible acento
ese rudo cañon, cuyo estampido
es de tu pátria el grito postrimero?
Madrid sucumbe á la traicion infame
de Murat. Por enjambres de pigmeos
herido de rebato y con ventaja,
el leon español muere rugiendo.

CARLOS. No, madre, no. La rebelion estalla

contra el Rey y su Junta de gobierno.

JUANA. Rebelde es el traidor que en esta lucha
no defiende la pátria hierro á hierro.
Si el furioso clamor de la pelea
no conmovió tu corazon de hielo,
mira en mis ojos fulminar el rayo
y escucha, ¡desdichado! Un prisionero
del Consejo de guerra espera el fallo...

CARLOS. ¡Mi padre!

JUANA. Sí...; en la casa de Correos.

CARLOS. Corro á salvarle.

JUANA. Si llegases tarde...

CARLOS. ¡Padre mio! ¡Qué horror!

JUANA. Véngale al ménos.

ESCENA VII.

DICHOS y el SARGENTO, que llega por el foro; con un papel en la mano y parece muy fatigado.

SARG. ¿Adonde está? (Dentro.)

CARLOS. Esa voz...

SARG. (Dentro.) Es muy urgente.
(Sale por el foro.)

JUANA. ¿Quién es?

SARG. (Á Cárlos.) Mi Capitan; soy yo.

CARLOS. ¡El Sargento!
¿Usted aquí?

SARG. Me uní con los paisanos.
Vengo á pedir perdon.

CARLOS. ¿Y solo á eso?...

SARG. Mi Capitan... Me ahoga la fatiga.

CARLOS. ¿Qué ocurre?

SARG. ¡Qué sé yo!

JUANA. ¡Pronto!

SARG. (Entregando un papel á Cárlos.) Este pliego.
¡Tristes nuevas!

CARLOS. (Con ansiedad.) ¡Mi padre?..

SARG. Dos renglones
que al salir escribió.

JUANA. (Dando un grito de espanto.) ¡Jesús!

CARLOS. (Abriendo el pliego y enjugándose los ojos.)
No puedo...
Sólo un renglon con lágrimas borrado.

JUANA. ¡Lágrimas?

SARG. Sí; lloraba el pobre viejo.

CARLOS. (Lee profundamente conmovido.)
«Hijo... voy á morir... y te perdono...»
¡Padre del alma!

JUANA. ¡Esposo mio!

CARLOS. (Al Sargento.) ¿Ha muerto?

SARG. Mi Capitan... no sé; mas los sacaron...;
iban entre soldados extranjeros.
«Corre» me dijo...; vine presuroso...

CARLOS. ¡Padre!

JUANA. ¡Leal soldado! Ese es el precio
que ofrece á tu traicion el Rey intruso.
Tu Rey...

CARLOS. ¡Madre!

JUANA. ...Tu Rey José primero.

CARLOS. ¡Imposible! (Solloza.)

JUANA. Murat le ha proclamado,
ya tienes rey francés. ¿Estás contento?
¿Lloras?

CARLOS. (Con brio.) ¿Lágrimas yo? Malditas sean
si han de anunciar debilidad ó miedo,
que en horrible explosion mi furia estalla
dentro del corazon.

JUANA. Así te quiero.

CARLOS. Por ser leal he sido parricida,
cómplice de alevosos y extranjeros.
Maldicion sobre mí. Sea el soldado
esclavo del deber, pero no ciego.
El que manda traiciones no es un jefe;
el que manda traiciones es un reo.

JUANA. ¿Vengarás á tu padre?
CARLOS. ¡Es imposible!
JUANA. ¡Eso dices?
CARLOS. (Con brío.) Sí, madre. Aunque del cielo
descendiera en furiosa catarata
todo el fuego del sol y del infierno
sobre el pueblo francés, juzgára escaso
ese castigo mi rencor frenético.
No hay en sus ojos lágrimas bastantes
ni bastaría un mar de sangre inmenso
para saciar la sed abrasadora
de la venganza que, implacable, anhelo.
(Elena sale del segundo cuarto, derecha.)

ESCENA VIII.

DICHOS y ELENA.

ELENA. Madre.
JUANA. ¿Quién es?
CARLOS. ¡Elena!
ELENA. (Á Doña Juana.) El alojado
quiere hablar con usted breves momentos
CARLOS. (Coge una pistola de la panoplia, la amartilla y se precipita hácia el cuarto de donde ha salido Elena.)
¡Él!... ¡Un francés!...
JUANA. (Cerrando el paso á Cárlos.)
¡Detente!
CARLOS. Madre mia!
*Es un reo de muerte; es extranjero.
JUANA. *Yo busqué un vengador, no un asesino.
ELENA. (Forcejeando con Cárlos.)
¡Cárlos!
CARLOS. ¡Aparta, Elena!
ELENA. Está indefenso.
CARLOS. Ha de morir. (Rechazando á Elena.)

JUANA. (Arrancando á Cárlos la pistola de la mano, le dice:)
¡Atrás, desventurado!
Si das un paso, pisarás mi cuerpo.

CARLOS. ¡Perdon!
(Se oye rumor lejano de tambores y cornetas que tocan generala.)

JUANA. (Á Cárlos, señalando hácia la calle.)
¡Allí!

CARLOS. Es verdad. Adios, Elena.

ELENA. Cárlos ¿adónde vas? Madre, ¿qué es esto?

CARLOS. Ruega á Dios...

ELENA. ¿Por tu vida?

CARLOS. Por mi pátria.

JUANA. (Á Cárlos con firmeza y solemnidad.)
¡Venganza!

CARLOS. Sí; lo juro.
(Cárlos se dirige hácia la puerta del foro.)

PEDRO. (Gritando, dentro.) ¡Juana!

JUANA. ¡Cielos?

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y D. PEDRO y CHIRIPA, que llegan por el foro seguidos de algunos soldados y paisanos sin armas.

CARLOS. ¡Esa voz!

JUANA. ¿Fué ilusion de mis sentidos?

CHIR. ¡Por aquí! (Dentro.)
(Salen por el foro D. Pedro, Chiripa y los paisanos. Cárlos quiere abrazar á su padre, pero este le rechaza y abraza á Doña Juana y Elena.)

CARLOS. ¡Padre mio!

PEDRO. ¡Juana!

JUANA. ¡Pedro!
¡Salvado!

CHIR. Por Chiripa y fué chiripa,

que algunos se han quedado haciendo el
ELENA. Mas ¿cómo?... [muerto.
CHIR. Muy sencillo. Corrí mucho;
oí gritos; ví tropa; llegué á tiempo;
pido socorro; acuden; peleamos;
no pueden resistir; sueltan los presos;
mueren franceses; caen españoles;
avanzan...; somos pocos; muchos ellos;
cedemos... y, en resúmen, libre el amo;
gran traicion; poca pátria, mucho hierro.
CARLOS. ¡Padre!... (Á D. Pedro.)
PEDRO. Sólo el camino de la gloria
te llevará á mis brazos.
CARLOS. Ya comprendo.
PEDRO. (Entregando á Cárlos un papel impreso de color amarillo, y manchado con sangre de tal modo que presente el aspecto de la bandera española.)
Toma. Sobre los muros de la villa
esto escribe á tu pátria el extranjero.
Lee ese bando infame, si es que puedes
pues de sangre española está cubierto.
CARLOS. (Leyendo.)
»..... La poblacion de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato... La »sangre francesa ha sido derramada y clama por la venganza... El general Grouchy con»vocará... la Comision militar... Todos los »que se hallen con armas serán arcabucea»dos... (Chiripa, al oir las últimas palabras, corre »hácia la mesa y coge su trabuco.) Todo lugar »donde sea muerto un francés será que»mado.....»
¡Qué crueldad!
JUANA. Pediste una bandera
para luchar con honra y con denuedo;
si ha de ser la bandera roja y gualda
quizás te sirva ese giron sangriento.

(Óyese muy lejos el toque de rebato y fuego de fusilería.)

CARLOS. ¡Implacable pregon! Letra por letra
yo te sabré borrar con sangre ó fuego.
(Se dirige hácia la puerta del foro, y en el momento de ir á salir suena un cañonazo. Doña Juana se estremece involuntariamente.)

JUANA. ¿El eco del cañon!

CARLOS. No tembleis, madre.

JUANA. Es que puedes morir.

CARLOS. Madre, si muero,
ponedme este epitafio: «¡Dos de Mayo!
»era español...; tuvo vergüenza; ha muerto.»

CHIR. (Con alegría.) Prendió el fuego en el *pañol*.

SARG. ¡Mi Capitan!...

CARLOS. ¡Eh! ¡qué afan!...
(Se arranca las charreteras.)
Ya se acabó el Capitan;
ahora empieza el español.
(Tira de la espada.)
Por cumplir como soldado
á traidores he servido,
mas, si una mancha ha caido
en mi honor acrisolado,
sobre la cruz de este acero,
que aún empaña tal desdoro,
juro lavar mi decoro
con sangre del extranjero.

PEDRO. Todos iremos contigo.

UN PAISANO. No hay armas para luchar.

CHIR. Ni tiempo de fabricar.
Coged las del enemigo.

UN PAISANO. Somos pocos.

PEDRO. Ménos cuentas
de amigos y de adversarios.
No se suman los contrarios
cuando duelen las afrentas.

CHIR. (Al Paisano.) Apruebo que el bulto guardes
pues dudas de la victoria,
tocaremos á más gloria
si se quedan los cobardes.

JUANA. (Á Cárlos.) Pues eres digno de mí,
un beso en tu frente.

CARLOS. (Rechazándola y señalando á la frente.) No;
aún falta una cosa aquí:
la herida que me mató
ó el lauro que conseguí.

JUANA. (Á Cárlos.) La pátria te ha dado el ser,
por ella es justo morir.

CARLOS. (Señalando hácia la calle.)
¡Allí! ¡Á luchar!

CHIR. ¡Á vencer!

(Vánse todos por el foro ménos Elena y Doña Juana.)

ELENA. (Á Doña Juana con angustia.)
¿Á dónde van?

JUANA. ¡Á cumplir
EL MÁS SAGRADO DEBER!

(Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA

ACTO TERCERO

QUE TENÍA EL DRAMA ÁNTES DE SER MODIFICADO PARA LA REPRESENTACION.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto. Al levantarse el telon, Rosa sale del primer cuarto de la derecha.

ESCENA PRIMERA.

ROSA, despues CHIRIPA.

Allí está con un soponcio,
sin menear pié ni mano.
La señorita se apura...
No se muere, no hay cuidado.
Don Cárlos como no es bueno
ha de durar muchos años.
Al ver prender á su padre
se cruza el hijo de brazos
y, cuando ya no hay remedio,
se nos viene con desmayos
y delirios y pamemas.
¡Por vida del as de bastos!
Mal pleito tienen los buenos
en la tierra con los malos,
pues siempre al bueno le toca
recibir un linternazo.

Por fortuna hay otra vida,
que, si no, frescos estábamos.
Aún no han vuelto doña Juana
ni Chiripa. ¿Habrán logrado
la libertad de don Pedro?
(Suenan á los lejos una descarga de fusilería, toques de corneta y rumor de combate.)
¡Dios nos coja confesados!
Una descarga. Otra vez
empieza el fuego. (Otra descarga.)
¡Dios santo!
¿Que será? (Se asoma á la ventana.)
Corre la gente.
Se oyen gritos y portazos.
Mas ¿qué veo! Sí, es Chiripa.
(Gritando.) Sube pronto, alma de cántaro.
¿Qué quieres? La llave? Toma.
(Coge una llave de encima de la mesa, y figura arrojarla á la calle.)
Abre la puerta. Ya ha entrado.
(Se dirige hácia la puerta del foro, por la cual llega Chiripa que parece herido en el brazo izquierdo y trae un trabuco en la mano derecha.)
Ya sube. ¡Herido!

CHIR. (Con flema.) No es cosa.
Me han pegado un cañonazo.

ROSA. ¡Á tí sólo!

CHIR. Han repartido
el obsequio entre unos cuantos.

ESCENA II.

ROSA y CHIRIPA.

ROSA. ¿Cómo fué?

CHIR. Ménos preguntas
y *trincame* un pañizuelo
para tapar la avería.

ROSA. (Reconociendo la herida.)
¡Oh, qué herida!

CHIR. No hagas gestos:
achica un poco la sangre
que mana de ese agujero
y *apareja* cualquier cosa,
vinagre, sal ó pimiento,
que aún he de dar la jaqueca
con este niño de pecho.
(Por el trabuco. Suena otra descarga lejana.)

ROSA. ¡Jesús!

CHIR. Me echan memoriales
para que les rompa un hueso.

ROSA. ¿Quiénes?

CHIR. Toma. Los *gabachos*,
que no han quedado contentos.
(Chiripa se sienta y Rosa le venda el brazo.)

ROSA. ¿Qué ha pasado?

CHIR. Iré contando,
pero zurce ese remiendo.
Al oir una descarga
que resonaba á lo lejos,
sin cuidarme de don Cárlos
ni de su desvanecimiento,
salí *en demanda* del amo,
mas que espantado, frenético.
Desierta veo la calle
como la de un cementerio.
"Tantos balcones cerrados,
"tantas puertas con letreros
"mas que agujeros de vivos
"parecen nichos de muertos.
Echo á correr, y mis pasos
mil veces repite el eco,
en medio de aquella calma
en que *se oye hasta el silencio*.
De pronto llega á mi oido

un quejido lastimero,
y al *desbordar* una esquina
veo un muchacho en el suelo
revolcándose en su sangre
pálido como un espectro.

ROSA. ¡Pobrecito!

CHIR. Era un valiente.
Juanillo... ¡pobre muñeco!
Le pregunto por el amo,
dice algo que no le entiendo,
señala con mano trémula
avante y se queda muerto.
Cierro sus ojos vidriosos
y, rezando un Padre nuestro,
arrumbo hácia donde indica
su brazo rígido y yerto.
*Súbito el cañon retumba
*con los rugidos del trueno,
*y despues puebla los aires
*de blasfemias y lamentos
*un estruendo formidable,
*un alarido supremo.
*Es la cobarde metralla
*que barre un pueblo indefenso.
*Francia siega á cañonazos
*sus laureles de Marengo,
*y España los pisotea,
*sucumbe y muere sobre ellos.
Llego á la Puerta del Sol
guiado por el estrépito.
Aquello es un espantoso
simulacro del infierno.
Por todas las bocacalles
mamelucos y lanceros
cierran sobre el paisanaje
como un vendaval de hierro.
Aquel mar de carne humana

les abre paso, mas luego
les aprisiona sañudo,
se revuelve en torno de ellos,
y á veces una oleada
les torna á la orilla muertos.
Hay un instante de calma;
veo á una mujer y un clérigo
en el átrio de la iglesia
de la Soledad; me acerco...
La mujer es doña Juana,
el cura el del Buen Suceso.
«¿Dónde está el amo?» pregunto:
«en la casa de Correos.»
Me explican rápidamente
que la escolta de don Pedro,
atacada por las turbas,
se veía en gran aprieto
y que una tropa francesa
logró recobrar el preso.
Hay un Consejo de guerra
que juzga á los insurrectos
y el cura ha sido llamado
para auxiliar á unos reos.
Nada más puedo escucharles.
Resuena un fragor siniestro.
«¡La artillería!» prorumpe
la multitud. Era cierto:
retumba de los cañones
el estampido funesto;
sobre un torrente de sangre
pasa un diluvio de hierro
y la furiosa marea
de aquel agitado Occéano
me arrastra yo no sé dónde
con ímpetu violento.
Siento dolor en el brazo,
ira, debilidad, vértigos;

oigo gritar: «¡Armas, armas!
»¡Al Parque!» cedo al esfuerzo
de aquel terrible oleaje...;
corren...; corro sin saberlo,
y aquí estoy porque he venido
desarbolado y maltrecho
por arribada forzosa,
(Rosa le pone un pañuelo al cuello para que suspenda el brazo.)
conque *guinda* el *mastelero*
que, en echando en la *bodega*
una gota de lo añejo,
me voy á romper el alma
con Napoleon primero.

ROSA. Si está en Francia todavía...

CHIR. Pues entónces con su ejército.

ROSA. Estás manco.

CHIR. De este brazo,
pero aún me queda el derecho.

ROSA. Más valiera que tratases
de libertar á don Pedro.

CHIR. No se trata de otra cosa.

ROSA. Pues hazlo.

CHIR. Tengo un proyecto.
Ese Alcalde condenado,
que llevó á nuestro amo preso,
tiene una hermana beata
vieja y bruja hasta los pelos
que es persona de influencia,
sobre todo en los infiernos,
y si ella y su hermano quieren,
saldrá libre el prisionero.
Viven cerca.

ROSA. Y ¿qué pretendes?

CHIR. Pues atiende. Me presento;
hablo con la vieja; accede
á lo que la pida...; bueno.

Que no accede...; la amenazo.
Que se resiste...; la cuelgo.
Llega su hermano..., le agarro
y le estrangulo y me vuelvo.

ROSA. Míralo bien.

CHIR. No hace nada
el que lo mira primero.

ROSA. Don Cárlos está muy malo.

CHIR. Pues dale un caldo... de arsénico.

ROSA. No seas así.

CHIR. ¿Qué quieres?

ROSA. Á ver si encuentras un médico.

CHIR. Le tiene muy merecido.

ROSA. ¿Le buscarás?

CHIR. Yo lo creo.
Como el médico le agarre
nos le entierra y... uno ménos.
¡Ah! mira. Dame un abrazo.

ROSA. ¿Por qué?

CHIR. Por si no nos vemos.

ROSA. Os van á zurrar.

CHIR. Lo dudo.

ROSA. Te van á matar.

CHIR. (Con indiferencia.) Lo creo.

ROSA. ¿Vas solo?

CHIR. (Cogiendo el trabuco.) Con este amigo,
que es excelente sujeto.
(Suena una descarga á lo léjos y se oyen tambores y cornetas.)
Ya toca la sinfonía
la *murga* del extranjero.
¡Qué prisa de que les rompan
las costillas! Hasta luego:
encomiéndame al glorioso
San Benito de Palermo.
(Hace que se va y vuelve.)
¡Ah! se me olvidaba. ¿Quieres

que te traiga un mico de esos
que los dicen mamelucos?

ROSA. ¡Un mameluco! Y ¿Qué es ello?

CHIR. Una especie de *franchute*
que se cayó en un tintero,
Le atas al balcon...

ROSA. ¡Eh, quita!

CHIR. En fin, como quieras. Vuelvo.
(Váse por la puerta del foro.)

ESCENA III.

ROSA, despues ELENA.

ROSA. Debí de darle el abrazo.
Cuando digo que no es feo...
*¿Dónde estará la señora!...
*¡Qué habrá sido de don Pedro?...
(Se asoma á la ventana.)
*Nadie se ve por la calle...
*Da pavor este silencio.

ELENA. (Sale por la primera puerta de la derecha.)
¡Rosa! ¡Rosa!

ROSA. Doña Elena.

ELENA. ¡Ay de mí!... Cárlos...

ROSA. ¿Qué es ello?

ELENA. Está demente...; delira,
no me escucha... Pronto, un médico.

ROSA. Chiripa fué á buscar uno.
Dice que el amo está preso.

ELENA. ¡Vive!

ROSA. Sí.

ELENA. Gracias, Dios mio.

CARLOS. ¡Padre! ¡Padre! (Dentro, gritando.)

ROSA. ¡Santos cielos!
Don Cárlos llama á su padre.

ELENA. Delira. Lo cree muerto.

ROSA. Corro á alcanzar á Chiripa.

(Váse por la puerta del foro.)

ELENA. Ya se acerca... Tengo miedo.

ESCENA IV.

CÁRLOS y ELENA.

CARLOS. (Sale precipitadamente por la puerta de la derecha primer término, poseido de grande agitacion; llega al medio del escenario y se detiene, como desorientado, mirando con vaguedad en torno.)
¡Padre!... ¡Tampoco aquí!...

ELENA. Cárlos, ten calma.

CARLOS. (Sin hacer caso de Elena.)
¡Padre!... ¡Padre adorado!
No responde al acento desolado
que se escapa del cáos de mi alma;
á este horrible quejido
que brota de mi pecho dolorido
como el ígneo raudal de lava hirviente
que á los cielos arroja enfurecido
el cráter abrasado
para mostrar, del rayo á los fulgores,
la terrible explosion de sus dolores.

ELENA. ¡Qué funesto delirio!

CARLOS. ..... Allá en la cumbre
del elevado monte
vaga intranquila temblorosa lumbre...
Parece que sonríe el horizonte.
Es el tímido albor de la mañana...
...¡Qué sangrientos celajes! ¡Triste aurora!
(Como escuchando.)
...¿Oyes? Es el clamor de la diana...
¿Por qué triste resuena
y parece que llora?
Es que la pátria pena,
la pobre España que mi padre adora.
Allí está... El noble anciano

empuña el rudo acero
con temblorosa mano
y osado desafía,
pobre de fuerzas, rico de energía,
las haces del ejército extranjero.
Contempladle y vereis del genio ibero
la encarnacion sublime.
Es la altanera secular encina
que si furioso el vendaval la azota,
cuanto más combatida más airada,
se rompe y no se inclina,
ruge, pero no gime,
pues si vibra en sus ramas una nota
al volar en pedazos destrozada,
no es que confiesa humilde su derrota,
es una maldicion desesperada.

ELENA. ¡Oh, Cárlos! Vuelve en tí. Soy yo, tu Elena.

CARLOS. ...¡Oh qué espantosa escena!
(Suena una descarga á lo lejos.)
Escucha, escucha el hórrido estampido
de esa descarga. ¡Pádre de mi vida!
...¡Vacila!... ya ha caido...
Su mano ostenta inmarcesible palma,
y por el ancha herida
que abrió en su pecho el plomo despiadado,
brota á torrentes sangre generosa
que hierve como lava derretida
en torno del infame parricida.
¡Él es! ¡Oh, sí! Del fondo de su alma
huye al cielo su honor acrisolado.

ELENA. Cárlos, ¡por Dios!

CARLOS. ...¡Qué horror! Allí! ¡Una fosa!

ELENA. Óyeme.

CARLOS. No... Silencio..., que retumba
tu voz bajo esa losa
que cubre al padre mio
y tengo mucho miedo y me dan frio

los ecos funerales de su tumba.

ELENA. ¡Cárlos!

CARLOS. (Exaltándose cada vez más.)

Sí... Cárlos fué. Nadie lo ignora.
Es ese que se oculta, ese que llora
el hijo criminal. Sobre la frente
lleva una mancha roja permanente,
y en vano es que derrame
amargo llanto el parricida infame
y con mano crispada y temblorosa
quiera borrar la marca vergonzosa.
¡Ese es! dice la gente
y evita su contacto horrorizada.
¡Anda... anda! le gritan
como al Judío Errante
y emprende su frenética carrera
acosado do quier como una fiera.
Cuando pasa, las flores se marchitan;
donde mira, las sombras aparecen;
cuando escucha, las aves enmudecen;
bajo sus piés se agosta la pradera,
y no encuentra ni pátria ni consuelo.
Todos le gritan: ¡Pasa!
¡Huye, maldito! claman tierra y cielo.
Si de hambre desfallece
los frutos se convierten en ceniza;
si de sed agoniza
el agua se evapora ó se enrojece
y de su linfa repugnante y muda
surge torva y sañuda
una sombra implacable
entre vapores rojos;
¡perdon! quiere gritar el miserable
por calmar los enojos
del fantasma severo
y no brota su acento acongojado;
(Ahogado por los sollozos.)

quiere llorar... ¡llorar! y al desdichado
no le queda una lágrima en los ojos.

ELENA. ¡Cárlos!

CARLOS. (Huye de Elena.) ¡Atrás, fantasma!

ELENA. Oye.

CARLOS. No espero.
¡Socorro! ¡Á mí!
(Huyendo de Eleaa tropieza con el sillon y cae desvanecido sobre él.)

ELENA. ¿Qué tienes?

CARLOS. ¡Que... me muero!
(Queda privado de sentido hasta cuando indica el diálogo.)

ELENA. (Gritando.) ¡Cárlos! ¡Socorro! ¡Rosa!
Nadie escucha mi voz. ¡Horrible dia!
Ya se apaga la luz de su mirada
y en tinieblas se queda el alma mia.
¿Esa calma espantosa,
será la muerte? (Se postra.) Vírgen adorada:
detened á este ingrato. Ved que quiere
huir á los abismos de la nada
y se me lleva el alma si se muere,
pues está con la suya desposada.
(Se levanta.)
Cárlos... mi bien... Alienta... ¡ya respira!

CARLOS. (Volviendo en sí.) ¡Ay de mí!

ELENA. Ya suspira.

CARLOS. Elena... Tú á mi lado?
Yo no sé que ha pasado.

ELENA. Un sueño no fué más.

CARLOS. ¡Cuánto he sufrido!
Mas no fué sueño, no. ¡Mi padre ha muerto!

ELENA. ¡Oh, no! tu padre vive.

CARLOS. ¡Vive! ¿Es cierto!

ELENA. Cárlos, nunca he mentido.

CARLOS. Júramelo.

ELENA. Lo juro.

CARLOS. (Conmovido.) ¡Elena mia!

Bien haya tu palabra, bienhechora
como espléndido rayo de la aurora
que las sombras inunda de alegría.
¡Padre del alma! (Sollozа.)

ELENA. (Ap.) (Se ha salvado. Llora.)
Tu padre vive, pero yace opreso.

CARLOS. ¿Y bien?

ELENA. Es necesario
evitar que termine su calvario
en trágico suceso
que nos cubra de luto.

CARLOS. Yo, por salvarle, el mísero tributo
daré de la existencia.

ELENA. Cárlos, así te quiero.
Todo Madrid, en armas levantado,
te ayudará á salvar al que primero
el grito profirió de independencia.

CARLOS. ¡Oh, qué dices?
(Se oye rumor de gente amotinada que se va acercando.)

ELENA. Escucha. El pueblo airado
te da ejemplo.

CARLOS. (Con marcada repugnancia.)
¡Él á mí!

ELENA. Llegó el instante.
Á su impulso gigante
une el esfuerzo de tu inteligencia.

CARLOS. Elena, ¿qué pretendes?

ELENA. Pues ¿qué, no me comprendes?
¿No quieres á tu padre?

CARLOS. Sí, le adoro;
mas no exijas que sea mi decoro
desgarrado en girones
la enseña de una turba sublevada,
aborto de un infierno de pasiones.

ELENA. ¿Quién te lo exige?

VOCES. (Dentro.) ¡Viva España! Viva!

ELENA. El nombre invocan de la pátria amada.

VOCES. (Dentro.) ¡Muera la Junta! ¡Muera!
CARLOS. Contra la Autoridad alzan bandera.
Jamás de tan sacrílega asonada
apoyaré la inícua tentativa.
ELENA. ¿Luchar no me ofrecías hace poco?
CARLOS. Si ofrecí ser traidor estaba loco.
ELENA. ¡Y tu padre?
CARLOS. ¿Y mi honra de soldado?
ELENA. Ahora sí que estás loco, desdichado.
(Empieza á oirse á lo lejos una banda de caballería que toca la marcha francesa. Rosa llega por la puerta del foro y se dirige á la ventana.)
¡Qué hablas de honor!
CARLOS. Elena;
jamás creí que sospechar pudieses...
ROSA. ¡Ay, Dios mio!
ELENA. ¿Qué ocurre?
ROSA. (Señalando por la ventana.) ¡Los franceses!
CARLOS. (Asomándose á la ventana dice tranquilamente:)
Es la Guardia imperial.
ELENA. ¡Desventurado!
Oye el bélico estruendo que resuena.
Tu dignidad invocas y, altanero,
te responde el clarin del extranjero.
CARLOS. No, Elena. Es el clarin del aliado.
ELENA. Piensa en tu padre.
CARLOS. Libertarle espero.
ELENA. ¿Á quién acudirás?
CARLOS. Á una persona
á quien salvé la vida en Barcelona
y siempre gratitud me ha demostrado.
Pertenece á la Junta.
ELENA. Entónces, vete.
Pero ¿quién es?
CARLOS. El General Negrete.
ELENA. Es el Jefe del bando afrancesado.
CARLOS. ¡Qué dices?

ELENA. La verdad. Pero no obstante
habla con él; no pierdas ni un instante.
CARLOS. El tiempo solo de tomar mi espada
y al punto voy á verle.
ELENA. Desconfía,
que el que vende á su pátria, vendería
á Lucifer el alma condenada.
(Váse Cárlos por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

ROSA y ELENA.

ROSA. Dios quiera que llegue á tiempo
don Cárlos.
ELENA. ¿Temes que no!
ROSA. Señorita...
ELENA. Tú algo sabes.
ROSA. Yo no he dicho...
ELENA. Habla por Dios.
ROSA. Pues bien, la verdad del caso
es que ha corrido una voz
tan triste que, al escucharla,
me dió un vuelco el corazon.
Dicen que se oyen descargas
hácia la puerta del Sol.
ELENA. ¿Sigue el combate?
ROSA. No es eso.
ELENA. ¿Qué, ya no se baten?
ROSA. No.
El pueblo fué rechazado
aunque luchó con valor
y al Parque de Artillería
por armas se dirigió.
Mas ya la tropa francesa
se acerca á Monteleon.
ELENA. Entónces esas descargas

¿qué significan?

ROSA. Rencor
y saña contra el vencido.

ELENA. ¡Jesús! No es posible.

ROSA. (Con amargura.) ¿No?
Murat ha fijado el bando
más sanguinario y atroz,
que impone pena de muerte
por la sospecha menor.
Ni á las débiles mujeres
ni á los niños excluyó;
para morir fusilado
basta con ser español.

ELENA. Corona tendrá de espinas
el pérfido vencedor,
que Dios castiga á los réprobos
con la pena del Talion.
¿Mas quién te ha dicho?...

ROSA. Un vecino;
y tambien me aseguró
que en la casa de Correos
funciona una Comision
militar.

ELENA ¿Y bien?

ROSA. El amo
está allí preso.

ELENA. ¡Qué horror!
¡Cárlos!
(Se dirige hácia la primera puerta de la derecha, Rosa la detiene.)

ROSA. Á qué atormentarle
sin saber lo que pasó?

ELENA. ¡Y, qué hacer? (Con angustia.)

ROSA. Tengo una idea.

ELENA. Habla.

ROSA. (Señalando hácia la segunda puerta de la derecha.)
En esa habitacion

hay un francés.

ELENA. ¿El herido?

ROSA. Segun usted me explicó
es edecan de Murat.

ELENA. ¡Oh, sí!

ROSA. Favor por favor.
Justo será que nos pague
la merced que recibió
salvando la vida al amo
con su recomendacion.

ELENA. Mas no puede levantarse
de la cama. Está peor.

ROSA. Podrá escribir dos renglones
al ménos.

ELENA. Tienes razon.

ROSA. Y daremos á don Cárlos
la carta.

ELENA. Sí, es lo mejor.
Ven Rosa. Vamos á hablarle;
El cielo te iluminó.
Trae papel y tintero
y ven al punto.
(Entra en el segundo cuarto de la derecha. Rosa se dirige hácia la mesa.)

ROSA. Allá voy.
¡Ojalá no sea tarde!
ella ignora que empezó
á verter sangre española
ese tribunal feroz
por un tigre presidido...

JUANA. ¡Rosa! (Dentro, gritando.)

ROSA. Es el ama. ¿Gran Dios!
Voy á abrir. ¿Qué habrá pasado?
(Váse precipitadamente por la puerta del foro. Cárlos sale por la derecha.)

ESCENA VI.

CÁRLOS, despues DOÑA JUANA.

CARLOS. No hay nadie en la habitacion.
Es preciso ganar tiempo.
No sé qué vago temor
me asalta. ¡Llegaré tarde?...
Salgamos.
(Se dirige hácia la puerta del foro y retrocede al ver á Doña Juana que aparece en el umbral profundamente conmovida y trae arrollado sobre el brazo el chal amarillo que llevaba en los primeros actos.)
¡Usted!

JUANA. (Con acento breve y calma glacial.) ¡Yo soy!

CARLOS. ¡Madre mía!

JUANA. ¡Tú no! ¡Tú, no te acerques!
Yo voy buscando un corazon de fuego.
donde verter el odio que á raudales
brota del mio dolorido y yerto.

CARLOS. Madre... ¡por Dios! ¿qué ocurre?

JUANA. ¿No comprendes
lo que pregona con terrible acento
ese rudo cañon, cuyo estampido
es de tu pátria el grito postrimero?
Madrid sucumbe á la traicion infame
de Murat. Por enjambres de pigmeos
herido de rebato y con ventaja
el leon español muere rugiendo.

CARLOS. No, madre, no. La rebelion estallá
contra el poder legítimo.

JUANA. ¡Blasfemo!
Rebelde es el traidor que en esta lucha
no defiende la pátria hierro á hierro.
Si el hórrido clamor de la pelea
no conmovió tu corazon de hielo,
mira mis ojos fulminar el rayo,

toca la sangre que empapó este lienzo
(Extiende el chal que traía arrollado, mostrándole una gran mancha roja.)
y oye de un mártir la gloriosa historia.

CARLOS. ¡Sangre!

JUANA. Que pide sangre de extranjeros.
«¡Venganza!» dijo el que cayó en mis brazos
al exhalar el postrimer aliento.

CARLOS. ¿Cuál es su nombre? (Anhelante.)

JUANA. Le dirá la historia,

CARLOS. Madre, ¡por caridad!

JUANA. ¿Quiéres saberlo?
Júrame castigar á los verdugos
que derramaron esta sangre.

CARLOS. ¡Cielos!
¿Adónde está mi padre?

JUANA. Entre los héroes;
sus despojos están entre los muertos.

CARLOS. ¡Padre! ¡Qué horror! (Cae de rodillas sollozando.)

JUANA. ¿Pediste una bandera
para luchar con honra y con denuedo!
Si ha de ser la bandera roja y gualda
quizás te sirva este giron sangriento.
(Le entrega el chal ensangrentado. Cárlos le besa llorando.)
(Con dureza.) ¡Lloras?

CARLOS. (Se levanta frenético y se limpia las lágrimas.)
¿Lágrimas yo? ¡Malditas sean
si han de anunciar debilidad ó miedo,
que en ardiente explosion mi furia estalla
dentro del corazon!

JUANA. Así te quiero.
¿Vengarás á tu padre?

CARLOS. Es imposible.

JUANA. ¡Eso dices? ¡Cobarde!

CARLOS. (Con brío.) Aunque del cielo
descendiera en horrible catarata
todo el fuego del sol y del infierno

sobre el pueblo francés, juzgara escaso
ese castigo mi rencor frenético.
No hay en sus ojos lágrimas bastantes,
ni bastaría un mar de sangre inmenso
para saciar la sed abrasadora
de la venganza que implacable anhelo.
(Elena sale del segundo cuarto de la derecha.)

ESCENA VII.

DICHOS y ELENA, despues CHIRIPA.

ELENA. Madre.
JUANA. (Volviéndose bruscamente.) ¿Quién es?
CARLOS. ¡Elena!
ELENA. El alojado
quiere hablar con usted breves momentos.
CARLOS. ¡Él! ¡Un francés!
(Coge una de las pistolas que están colgadas en la pared del del fondo, la amartilla y se dirige hácia el segundo cuarto de la derecha.)
JUANA. (Cerrándole el paso.) ¡Detente!
CARLOS. (Insistiendo.) Madre mia;
es un reo de muerte. Es extranjero.
JUANA. Yo busqué un vengador, no un asesino. (Forcejeando con Cárlos.)
ELENA. ¡Cárlos!
CARLOS. Aparta, Elena.
ELENA. Está indefenso.
CARLOS. ¡Ha de morir!
JUANA. (Le arranca de la mano la pistola, y apuntándose al corazon dice):
¡Atrás, desventurado!
Si das un paso pisarás mi cuerpo.
CARLOS. ¡Perdon! (Avergonzado.)
(Se oye rumor lejano de cornetas y tambores que tocan generala.)
JUANA. ¡Allí! (Á Cárlos señalando por la ventana.)

CARLOS. Es verdad. Adios, Elena.

(Toma á Elena de la mano y la conduce delante de la imágen que hay sobre la mesa de la izquierda.)

ELENA. Cárlos, adónde vas? Madre, ¿qué es esto?

CARLOS. Ruega á Dios...

ELENA. ¿Por tu vida?

CARLOS. Por mi pátria.

(Abraza á Doña Juana, la cual, dominando su emocion, le dice con firmeza:)

JUANA. ¡Venganza!

CARLOS. Sí. Lo juro.

JUANA. (Con acento breve.) ¡Vete!

(Suena á lo léjos un cañonazo. Doña Juana se estremece y dice con terror involuntario.) ¡Cielos!

¡El eco del cañon!

CARLOS. ¿Tiembla usted, madre?

(Suena á lo lejos, hácia la izquierda del actor, una marcha de caballeria.)

¡El clarin del francés!

JUANA. (Recobrando su energia.) Ahora no tiemblo.

¡Á vencer ó á morir!

ELENA. ¡Cárlos del alma!

CARLOS. (Dirigiéndose hácia la puerta.).

Adios.

JUANA y ELENA (Abrazándose.) ¡Adios!

(Cárlos va á salir cuando llega Chiripa por el foro.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y CHIRIPA.

CHIR. (Á Cárlos.) Espérese un momento.

Se acerca una columna de franceses.

CARLOS. ¿Y ¿qué importa? Salgamos.

CHIR. Ya saldremos,

mas los nuestros están en la otra esquina...

CARLOS. ¿Y qué!

CHIR. Al salir nos cogerán en medio.

ELENA. Cárlos; por Dios, no salgas.

CARLOS. Es preciso.

CHIR. Allí... al balcon...

(Se dirige hácia el balcon y le abre. Cárlos se asoma y Chiripa queda algo detrás. Doña Juana ocultando su emocion se apoya en una mesa. Elena cae de rodillas delante del crucifijo.)

VOCES. (Á lo lejos y hácia la derecha del actor.)

¡Abajo el extranjero!

CARLOS. (Gritando, asomado á la ventana.)

Sí... ¡viva España!

VOCES. (Dentro.) ¡Viva!

CHIR. (Asomándose tambien á la ventana.) Ya se acercan.

CARLOS. ¡Allí están! (Señala hácia la izquierda.)

CHIR. (Retirándose de la ventana y forcejeando con Cárlos para obligarle á imitarle.)

¡Pronto! ¡atrás! Van á hacer fuego.

(Suena una descarga á lo lejos y hácia la izquierda del actor. Cárlos se lleva las manos al pecho, gira rápidamente y cae al suelo. Chiripa, Elena y Doña Juana le levantan y le conducen al sillon.)

CARLOS. ¡Ay de mí!

ELENA. ¡Cárlos!

JUANA. ¡Hijo!

CHIR. (Reconociendo la herida.) Mal balazo.

JUANA. ¡Jesús!

CARLOS. (Con voz fatigosa.) ¡Agua! ¡Me ahogo! Aquí... en el pecho.

CHIR. (Ap.) (Es de muerte.)

JUANA. ¡Hijo mio!

ELENA. (Llorando.) ¡Cárlos! ¡Cárlos!

CARLOS. Elena... ¿Dónde estás?... Ya no... te veo...

JUANA. ¡Oh, Dios mio! Salvadle.

CARLOS. (Con voz débil.) El alma rompe...
la mísera... envoltura... de mi cuerpo.
(Á Elena.) Tu corona... nupcial... era de espinas.

ELENA. ¡Ay de mí!

CARLOS. Junto al tálamo... está el féretro.
No... me... olvides... ¡Ay!

JUANA. ¡Cárlos! ¡Hijo mio!

CARLOS. Madre... ya soy... honrado... Sangre vierto...
El deber más sagrado... está... cumplido;
es... morir... por la pátria... y yo me... muero...
(Doña Juana y Elena lloran arrodilladas á sus piés. Chiripa le sostiene y él continúa cada vez más desfallecido.)
Hoy... es... dia de gloria... No... más lágrimas.
(Á Chiripa indicándole que le ayude á incorporarse en el sillon.)
¡En... pie!
(Se incorpora en el sillon.)
Tu mano... Elena...
(Elena le da la mano.) Madre, un beso.
(Doña Juana le besa.)

ELENA. ¡Se muere!...

CARLOS. Si quereis... que... inmortal... sea...
sobre... la fosa... en que pongais... mis restos...
grabad... este epitafio: «¡Dos de Mayo!...
«¡Era... español! tuvo... vergüenza...; ha... muer...to!
(Cae muerto en el sillon. Doña Juana, Elena y Chiripa se arrodillan consternados. Vuelven á sonar á lo lejos descargas de fusilería y ruido de tambores y cornetas. Breve pausa.)

JUANA. (Se incorpora y señalando el cadáver de Cárlos, dice:)
¡Pátria, tú le diste el ser!
Su deuda pagó al morir.
(Á Chiripa.) ¡Allí! ¡Venganza!

CHIR. (Cogiendo su trabuco.) ¡Á vencer!

JUANA. ¡Feliz quien muere al cumplir
EL MÁS SAGRADO DEBER! (Cae el telon.)

FIN DEL DRAMA.

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de 1.º de Abril de* 1877.

	TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
	COMEDIAS Y DRAMAS.			
	Los tres novios de la niña....	1	D. M. Ramos Carrion..	Todo.
2	La torre de Talavera.....	1	Eugenio Sellés.....	»
	Dimats 13..	1	José Ovara.....	»
	Un aprenent de lletí.....	1	José Ovara.....	»
2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
	El más sagrado deber—d. o. v.	3	Leopoldo Cano.....	»
3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
2 a.	Ethelgiva.....	3	D.ª Elisa de Luxán.....	»
	Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia.....	3	D. F. Palanca y Roca..	»
	La cruz de plata.....	3	F. Palanca y Roca..	»
2 a.	La dama del Rey.....	3	Valentin Gomez.....	»
	ZARZUELAS.			
3	Maestro de amor.....	1	Sres. Navarro y Alcalá Galiano.....	L. y M.
1	Quítese usted la ropa.....	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
»	Un crímen misterioso.....	1	Lastra y Valverde y Chueca.....	L. y M.
»	El laurel de oro.....	2	Angel Rubio. (*Mit.*).	Música
	Huyendo de ellas.....	2	Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.